



EL CASTILLO DE PENHOEL Ó LOS ANGELES DE LA FAMILIA,

Drama en seis cuadros, arreglado del original francés, por D. Vicente de Lalama, para representarse en Madrid, el año de 1860.

PERSONAJES.

RENATO DE PENHOEL.
BLAISE el normando.
JUAN, ó el tío de las almadreñas.
EL CABALLERO FARAON.
IVON.
EL MARQUÉS DE PONTALÉS.
LEIVEN.
GEROLD.
HALIGAN.
CHARMETTE, *personaje mudo*.
MARTA DE PENHOEL.
DIANA.
BLANCA.
UNA CRIADA.

Aldeanos, aldeanas, etc.

CUADRO PRIMERO.

LA POSADA DE REDOU.

Sala de una posada, que da sobre el campo. — Gran puerta al fondo y puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

GEROLD, y criados.

GER. Vamos, hijos míos; es necesario tener corriente la posada; se acerca la hora de que vengan los mercaderes de la feria, y no quiero que nos encuentren desprevenidos; tú (á uno que se va.) limpia los platos y vasos; Tomás (á otro id.) encargate de poner la cerveza en las vasijas; vamos, machadad... Siento pasos; alguien se acerca.

ESCENA II.

GEROLD, BLAISE.

BLAI. Ah! de casa! (dando en la espalda de Gerold.) Sois vos el carnero coronado?
GER. Qué decís?... El carnero coronado está en mi muestra!
BLAI. Vuestra muestra ó vos, para el caso es lo mismo: sabéis que bebería de buena gana una botella de... cualquier cosa, por mi dinero?

GER. Pues sentaos ahí... (llama.) Toneta, una botella de vino.

CRIDA. (con una botella.) Aquí está el vino.

BLAI. Oyes, carnero coronado...

GER. (Otra?..) Qué queréis?

BLAI. Venid, charlaremos un poco...

GER. Lo haría de buena gana, pero tengo que preparar la posada.

BLAI. Encargádselo á vuestra criada, y tomad un vaso de vino; venid y acompañadme en esta jugada.

GER. Pero...

BLAI. A vuestra salud...

GER. Vaya á la vuestra! (beben.)

BLAI. Señor carnero coronado, me parece que entra el sol en vuestras botellas.

GER. No comprendo lo que queréis decir.

BLAI. Quiero decir, que se quedan secas al instante... Teneis otra á mano?

GER. Justamente aquí hay una.

BLAI. Tengo un encargo para vos.

GER. Para mí?

BLAI. Si... Vamos, otro vaso de vino, maese Gerold... Soy un antiguo conocido vuestro.

GER. En efecto... me parece recordar vuestra fisonomía...

BLAI. Pardiez! Si en la vida me habeis visto!...

GER. Entonces, no sé lo que habláis...

BLAI. Digo, que aunque no me conocéis, yo sí os conozco, y tanto dá. Vos sois el antiguo ayuda de cámara del vizconde de Penhoel.

GER. (con dignidad) Os engañais, amigo; fui su cocinero!

BLAI. Bien... es igual; el caso es que me ha hablado de vos mas de cien veces.

GER. Pero quién, ó en dónde?

BLAI. Allá, en Normandía...

GER. No conozco á ninguno en Normandía.

BLAI. A nadie!... Hombre sin corazón!... Pues á su salud! (bebe y dá muestras de empezar á embriagarse.)

GER. Pero á la salud de quién?...

BLAI. Porque... me dijo: «mira, Blaise, amigo mio, si vés alguna vez á la Bretaña, no olvides de visitar á maese Gerold, en la posada del carnero coronado, que

es la mas bella de Redou; y le dirás mil cosas de mi parte.» (bebe.)

GER. Pero quién es el que os ha dicho todo eso?
BLAI. Quién?

GER. Si.

BLAI. Sabéis, maese Gerold, que no es muy galante eso de olvidarse de las personas que os estiman?...
GER. Pero si no os entiendo una palabra!...

BLAI. (bebe.) Pobre mozo!... Pues si nos estuviera escuchando por el agujero de la cerradura, no quedaría muy satisfecho de nuestra conversacion!... Escuchadme: si al concluir la tercera botella no lo habeis acertado, os lo diré, y os vais á morder los labios de coraje... tan cierto como os lo aseguro.

GER. (recordando.) Ah! Soy un torpe, si, soy un torpe...
BLAI. No digo lo contrario!...

GER. Gauthier vive en Domfront.

BLAI. Ya se ve que vive...!

GER. Mi viejo y buen amigo, que me salvó la vida un día, cuando la inundacion me arrastró hasta la barca de Port-Corbeau! Y... sois amigo de Gauthier?

BLAI. Ya lo creo que lo soy!

GER. Dadme esos cinco, señor Blaise, y decidme si puedo hacer por vos alguna cosa.

BLAI. Yaya! Podeis darme la tercera botella.

GER. (á la criada, que aparece.) Otra botella... y de lo bueno!

BLAI. El buen Gauthier no sabía hablar mas que de vos.
GER. Y qué os decia?

BLAI. Mil cosas de la casa de Penhoel.

GER. De la casa de Penhoel? (la criada trae el vino.)

BLAI. Pues que, no era Gauthier muy adicto á esa familia?

GER. A té mia que si.

BLAI. Me encargó que os preguntase por el señor vizconde Renato de Penhoel. Qué tal se encuentra?

GER. Bien... pero...

BLAI. Pero, qué?

GER. Su fortuna no creo que lo pasa tan bien como él!
BLAI. Diab!o!... ah! Me dijo que preguntára por la esposa del vizconde... Marta, creo que se llama...

GER. Esa señora está siempre tan bella, pero triste.

BLAI. Me habló tambien de dos señoritas...

GER. Dentro de poco las vereis pasar por ese camino.
BLAI. Y del tio del vizconde... El de las almadréñas, si no me engaño?

GER. Si, el tio Juan.

BLAI. Gauthier me dijo el de las almadréñas, y nada de si se llamaba Juan ó Pedro.

GER. Pues se llama Juan, y es un excelente sugeto.

BLAI. Despues... no sé que mas! Es admirable como gira mi cabeza, y... despues de pasar la barca... el temor... Vé á pasearte y... no sé lo que me dijo!... pero cuando no puedo hablar... canto! (canta á media voz una cancion popular, y va dejando caer la cabeza sobre la mesa.) Ah!... Escuchadme; si... escuchadme... mandó... que me informase de otro...

GER. De quién?

BLAI. Del hermano mayor... Cómo se llamaba!... Qué se yo! Dice que... se escapó hace tanto tiempo... diez años!

GER. Hablais acaso del caballero Luis?

BLAI. Caballero Luis!... Si... ese será.

GER. Y qué os ha dicho de él?

BLAI. Nada!... Que se habia escapado y... se concluyó, ha vuelto?

GER. No!

BLAI. Pues... no os apureis por eso... maese Gerold!... no ha vuelto?... El volverá! (canta en voz baja)

PONTALES. (faera.) Hostelero?

GER. Esta voz, es la del marqués de Pontalés!

PON. (entrando.) Venid, señor Leivén... venid; ya tendran cuidado de mi caballo y de vuestro asno...

ESCENA III.

BLAISE, dormido sobre la mesa; PONTALES, LEIVEN y GEROLD.

GER. Es cierto, señor Leivén, eso corresponde á los criados!

PON. Haced que den avena á mi caballo.

LEI. Y si teneis algunas hojas de berza, que las den á mi asno.

GER. Muy bien.

PON. Oye; tengo una cita con un caballero que llega hoy mismo de Paris, y hemos venido delante de él hasta la capilla de San Pedro, en donde le hemos esperado; mas viendo que no llegaba, creimos que algun aldeano le habria indicado otro camino de travesia, y que le encontraríamos en tu casa; ha venido?

GER. No, señor marqués.

PON. Pues si llega, ya sabéis que es el mismo á quien esperamos. Prepara un buen frasco de Burdeos, de lo mejor que tengas.

GER. Estoy á vuestras órdenes.

LEI. A mi me dareis un jarro de agua, una corteza de pan, y un poco de queso.

PON. No faltaba mas!... Señor Leivén, beberéis conmigo.

LEI. Ese es un honor... (á Gerold.) Os recomiendo mi asno; y si teneis un poco de paja, aunque sea mala, que añadir á las hojas de berza...

PON. Dale buen heno, maese Gerold; quiero regalar al asno como á su amo.

LEI. Ese es un honor para él, como para mi, señor marqués.

GER. (ap. mirando á Leivén.) No sé por qué, no me gusta este hombre. (sale.)

ESCENA IV.

PONTALES, LEIVEN.

PON. Deciais?...

LEI. (señalando á Blaise.) Chist!...

PON. Teneis razon. (va á donde está Blaise.) Decidme buen amigo!... Eh! estais sordo... ó muerto?... Amigo! levanta la cabeza á Blaise, quien demuestra todas las señales de embriaguez, y canta entre dientes el estrofito de una cancion, dejando caer la cabeza sobre la mesa.) Yaya! No os inquieteis por este... Deciais que Renato de Penhoel...

LEI. Comenzaba á desconfiar de mi, y que por esto creia muy oportuno que buscáseis entre vuestros amigos, un hombre emprendedor, seguro y á propósito... pero sin que se salga del terreno legal...

PON. Por supuesto!... Ninguno mas á propósito que ese loco de Grandpré; por fuerza no ha recibido mi carta...

ESCENA V.

Dichos, FARAON.

FAR. (entrando.) La he recibido, marqués...

PON. Sois vos?...

LEI. (E!)

PON. Os aseguro, caballero, que no contaba con vos!

FAR. Pues os engañais; ya sabéis que podeis contar conmigo en todo y para todo.

LEI. Pero sin salirse de la legalidad, no es así!

FAR. Marqués, quién es ese hombre?
 PON. Es maese Leivén, hombre de negocios...
 LEI. Y abogado en la alcaldía de Rennes, señor marqués.
 FAR. Ya entiendo; el señor es, como dijéramos, vuestro consejero...
 PON. Precisamente, querido Grandpré.
 FAR. (con viveza.) Marqués...
 PON. Decid.
 FAR. (en voz baja.) No me llameis Grandpré, bajo ningún pretexto: no pronuncieis ese nombre, porque... tengo en ello grandísimo interés.
 PON. Acaso por lo de antes?
 FAR. Precisamente; por lo que ya sabeis.
 LEI. Si os estorbo, señor marqués, ó al caballero...
 FAR. No por cierto; tenía que decir dos palabras al marqués y se las he dicho. Habré estralimitado, por ventura, la legalidad, hablando un poco bajo, señor abogado?
 LEI. No, señor caballero.

ESCENA VI.

Dichos, GEROLD, con un frasco de vino, y vasos.

GER. (entrando.) Aquí tenéis lo que habeis pedido, señor Marqués!...
 PON. Decidme, maese Gerold, no tendreis algun cuarto separado que darnos?...
 GER. Nadie sabe mejor que vos, que solo tengo esta sala... Pero si quereis estar tranquilo, y solo, nadie entrará en ella.
 PON. (señalando á Blaise.) Y ese paisano?...
 GER. Bih! No os mcomodará; está mas ébrio que un cuero, y mas dormido que un hiron.
 PON. Estas seguro?
 GER. Ya lo creo; como que se ha emborrachado bebiendo conmigo. Por otra parte, es un pobre normando que acaba de llegar á este país.
 PON. Corriente!
 FAR. Conque me habeis echado en cara mi retraso, marqués?
 PON. Sin duda.
 FAR. Pues debo sincerarme, porque no merezco tal reconvençion. Sabed que me encontré en el camino, á las dos jóvenes mas encantadoras que he visto en mi vida, montadas sobre un mismo caballo, como en tiempo de la reina Ana.
 GER. Esas son vuestras señoritas...
 FAR. Y quién son vuestras señoritas?
 FAR. Blanca y Diana; bien las conocéis, señor marqués... Son la hija y la sobrina del vizconde de Penhoel.
 FAR. Son encantadoras! Bien habeis hecho en escribirme, marqués. (vase Gerold.)
 PON. De veras? Precisamente es en casa de esas jóvenes en la que vais á introducirnos... Esas lindas niñas son de la familia de Penhoel. (heben los tres.)
 FAR. Los Penhoel y los Pontalés!... Recuerdo que habeis hecho mención de esto en vuestra carta!... Sois enemigos mortales y... como si dijéramos, Montengones y Capeletes.
 PON. Exactamente; y para que el remedo sea mas perfecto, el hijo de Pontalés, Montengon, ama á la hija Penhoel, Capelete... Roger ama á Blanca.
 FAR. Vuestro hijo!...
 PON. Mi hijo es un fuerte auxiliar en mis proyectos; y lo que ahora vá buscando la joven que habeis visto, es probablemente alguna carta de Rogerio.
 FAR. Segun veo, no le toca la peor parte del negocio; he de desempeñar algun papel semejante?

PON. No os diré que no, porque... encontrareis allí una señora de veinte y ocho á treinta años, llamada Marta y... os la recomiendo.
 FAR. Se hará lo que se pueda, marqués. (se vé á Juan en el fondo, que habla con la criada.)

ESCENA VII.

Dichos, JUAN; despues GEROLD.

JUAN. (á la criada.) Está en casa Gerold?
 CRIADA. Si, señor. (llama.) Señor amo!
 GER. (legando.) Aquí estoy, aquí estoy!... Calla, es el señor Juan!
 JUAN. Buenos días, mi antiguo amigo.
 PON. (á Faraon.) Silencio; ese es el tio de Renato de Penhoel.
 LEI. El de las almadréas, segun le llaman.
 JUAN. Me alegro mucho de veros... Decidme, habeis visto pasar á Diana y Blanca?
 GER. Si señor; hace poco las vi cruzar por el camino del castillo.
 JUAN. Bueno; voy á su encuentro.
 GER. Os llevan mucha delantera... lo menos un cuarto de hora.
 JUAN. Entonces las encontraré en él; pero... las piernas aunque un poco viejas, son todavia buenas... aun caminan bien. A Dios, Gerold; á Dios, querido amigo. (sale.)
 FAR. (al marqués.) Conque este es el tio de las almadréas? He aqui un conocimiento hecho; pero... dadme instrucciones... Me deciais que erais mortal enemigo de los Penhoel, y que me llamabais para tomar una parte activa en vuestra venganza... Conque, veamos; qué puedo hacer contra vuestros enemigos?
 PON. Es preciso arruinarlos.
 FAR. Son tan inmensamente ricos?
 LEI. Ricos!... Lo eran hace seis años...
 FAR. En cuya época estaban pobres los Pontalés, ya lo sé.
 PON. Bien... pues dentro de tres meses, es preciso que los pobres sean ellos... merced á vuestros esfuerzos, caballero...
 FAR. Y los Pontalés ricos?... Voy empezando á comprender...
 LEI. Lo son ya, caballero, y... sin salir de la legalidad; porque hasta ahora he dirigido yo todos sus asuntos. Por lo tanto, el señor marqués posee la mitad de los bienes de Penhoel; tiene el castillo grande, la floresta-nueva, y la mayor parte de sus señoríos.
 PON. Si, pero he necesitado que pasen diez años, para adquirir todo eso, y apenas he llegado á tener la mitad. Ellos aun cuentan con mas de treinta mil libras de renta.
 FAR. Pues indicadme lo que puedo emprender contra esas treinta mil libras.
 LEI. Penhoel es jugador.
 FAR. Magnifico!
 PON. Y yo, querido caballero, os he visto manejar las cartas de una manera sorprendente!
 FAR. Es decir, que deseais que le gane las treinta mil...
 PON. Quiero que completeis mi obra, arruinándole en el juego, con despichos en fiestas, especulaciones falsas...
 FAR. Y todo el dinero que le gane?...
 PON. Será para vos.
 LEI. Pero le ganareis; y para pagar, venderá, y cada vez que venda, comprará el marqués, y...
 FAR. Perfectamente, querido marqués; me encargais de una mision sumamente agradable; y cuando Renato

de Penhoel esté arruinado, despojado completamente, qué haremos de él?

FAR. Ese es negocio mio, caballero.

FAR. Se conoce que le amais entrañablemente!

PON. Os he dicho que somos mortales enemigos.

FAR. Bien; ahora lo que debemos pensar, es el pretesto para introducirme en su casa.

LEI. Un pretesto!... Si pudiésemos penetrar cierto secreto... pronto tendríamos el medio.

FAR. Como abrais un pequeño resquicio, de mi cuenta corre abrir el resto, para llegar hasta dentro.

PON. Renato tenía un hermano mayor, llamado Luis...

FAR. Y qué es de él.

PON. No se sabe; hace diez años que desapareció.

LEI. Solo se supone que la desaparición fué ocasionada por alguna escena terrible, ocurrida entre los dos hermanos.

FAR. Qué traza tiene, por si se me interroga en su caso?... Es preciso que tenga yo una idea de haberle conocido.

PON. Es buen mozo; ojos negros, hermosa dentadura, bien dispuesto para todo y... podrá tener, si vive, de treinta y cinco á treinta y seis años.

FAR. Con esas noticias, y un poco de imaginación, se forja una historia completa.

PON. (se levanta.) Conque estais enterado?

FAR. De sobra; pero recapitulemos las condiciones de este contrato. Entro en casa de Penhoel...

PON. Eso es.

FAR. Me hago amigo del amo... y del ama...

LEI. También es eso.

FAR. Hago jugar á Renato, y le gano todo el dinero que pueda...

PON. Exactamente.

FAR. Le aficiono á los placeres, á las fiestas; le hago derrochar y... en fin, saqueo el interior y el exterior del castillo.

PON. Bravo!

LEI. Todo eso, sin salirse del terreno legal.

FAR. Y legalmente nos repartimos á los Penhoel: para vos (al marqués) sus tierras y posesiones; para mí, el dinero; y el resto?

LEI. Ahora creo que debemos separarnos cuanto antes. (se levantan.)

FAR. Cuando gustéis.

LEI. Y si Renato llega á saber que hemos estado reunidos...

FAR. Se achaca á la casualidad... Nos hemos encontrado en el camino real... en la posada del carnero coronado; pero antes, no nos hemos conocido.

PON. Jamás!... Está dicho.

FAR. Y nada de caballero Grandpré; cuidado, querido marqués!

PON. Convenido; pero... cómo os llamareis?

FAR. Adoptemos un nombre guerrero... el primero que ocurra... El caballero de Faraon!

PON. En buen hora! Es un nombre magnífico para un jugador!

FAR. Y cómo nos comprendremos cuando tengamos algun asunto que comunicarnos?

PON. Diablul!... Es un fastidio que no tengais un criado...

BLAN. (estornuda.) A la salud de la sociedad!

LEI. Chist!

PON. Creo que hemos despertado á este hombre!

LEI. Por si acaso, separémonos.

PON. Y vos, preparaos para hacer nuestra primera visita en el castillo.

FAR. Cuanto antes.

PON. Sea. (llama.) Hostelero!

GER. Aquí estoy, señor Marqués.

PON. (echando sobre la mesa una moneda de oro.) Cobros! (echa á andar.)

GER. No aguardais, señor Marqués?

PON. Ya me darás la vuelta, cuando vuelva á pasar por aquí. (vase y Leiven.)

ESCENA VIII.

BLAISE, GEROLD, FARAON.

GER. No vais con el señor Marqués?

FAR. No.

GER. Pues creí que erais amigos...

FAR. Lo éramos, pero no lo somos ya!

GER. Ah!

FAR. Hay alguno en este país que crea que existe amistad entre un Penhoel y un Pontalés?

GER. De ningún modo: mas como vos no sois Penhoel...

FAR. No lo soy, pero si amigo de ellos.

GER. Conocéis á alguno?

FAR. A Luis.

GER. El mayor!...

FAR. Por Dios que no conozco otra cosa! Es muy buen mozo, moreno, con ojos negros y hermosa dentadura, cabellos negros y... es algo pálido: ahora tendrá de treinta y cinco á treinta y seis años.

GER. Exactamente; y vive?

FAR. Como vos y yo.

GER. Caballero!... Decidme al menos...

FAR. Querido amigo, preparadme mi cuarto, si tenéis alguno desocupado, porque estoy muerto de fatiga; mañana hablaremos cuanto queráis.

GER. Cuarto... no tengo mas que el mio; pero si sois amigo del caballero Luis, es vuestro, así como toda mi casa.

FAR. Entonces, preparadme cuanto antes.

GER. Voy, caballero, voy corriendo. (vase.)

ESCENA IX.

BLAISE, FARAON.

FAR. (Pardiez! En este país es muy espuesto hablar mal de los Penhoel!... Pues dírtelos bien. A fé mia que es la providencia quien me envía esta ocasion; y un antiguo castillo en el fondo de la Bretaña!... Desafío á la policia del regente, si viniese á buscarme hasta aquí!)

BLAI. (como despertando.) Señor caballero, qué hora es?

FAR. Acabaste ya de dormir?

BLAI. Si, estoy despierto.

FAR. Y qué quieres?

BLAI. No necesitabais un criado?

FAR. Quién te ha dicho?...

BLAI. Vos mismo, hace poco.

FAR. Y bien?

BLAI. Es que... si le necesitais, os servirá de buena gana.

FAR. Tú?

BLAI. Yo; estoy sin acomodo!

FAR. Pero si no te conozco?...

BLAI. Yo si á vos; lo mismo dá.

FAR. Cómo! Me conoces?

BLAI. Vaya! Y si no le hubiesen enrodado... tendria una gran recomendacion para vos...

FAR. Enrodado! De quién estas hablando?

BLAI. Del pobre conde de Horn.

FAR. Le conocias?

BLAI. Pues no! Le ejecutaron por haber asesinado á un agiotista.

FAR. Y tú sabes...

BLAI. Al consabido, le quitaron de robar de una vez para siempre.

FAR. Eso es bien gracioso!

BLAI. También he conocido al caballero de Grandpré.

FAR. Qué dices!

BLAI. Y segun creo, es una de vuestros mejores amigos; este pudo salvarse.

FAR. Si?

BLAI. No fué tan tonto como los otros, y permaneció en la escalera, en tanto que los demás despachaban el negocio en el gabinete; al primer grito que oyó, tomó las de Villa-diego.

FAR. (He aquí un conocimiento peligroso!) Y si entrases en mi servicio, podría contar contigo?...

BLAI. En vida y en muerte... Si hubiese buenos gajes...

FAR. Sobre ese ponto no tendremos que discutir...

BLAI. Tanto mejor; odio las discusiones y... la familia de Penhoel, á cuya casa vais, la conozco mucho.

FAR. La conoces?

BLAI. Bah! Conozco á Renato, á Marta, al tío Juan... á Luis, el hermano mayor...

FAR. Segun veo, conoces á todo el mundo?

BLAI. En efecto, á todo el mundo conozco.

FAR. Pero y si á pesar de tantos conocimientos, maese...

BLAI. Maese Blaise, para serviros, caballero.

FAR. Y si á pesar de todo lo dicho, no quisiera tomaros á mi servicio, maese Blaise?...

BLAI. Seria para mí una desgracia, y para vos tambien!

FAR. (Diablo!... Acaso tiene razon!...) Me pareces un

escelente picaro!...

BLAI. Lo creéis así, señor caballero?

FAR. Que en mediando dinero, harás cuanto se quiera...

BLAI. No digo lo contrario.

FAR. Y se podrá contar contigo si te interesas en alguna empresa...

BLAI. Todo se puede esperar de mí.

FAR. Entonces... dormiremos aqui, y mañana temprano iremos al castillo.

BLAI. Y por qué no hemos de ir esta tarde?

FAR. Si se hace noche, será deshora...

BLAI. Razon mas en abono, porque podremos pedir hospitalidad.

FAR. A fé mia, que tienes razon! Y puesto que hemos de jugar la partida, tanto da hoy como mañana.

ESCENA X.

Dichos, GEROLD.

GER. Vuestro cuarto está preparado...

BLAI. Es inutil, maese Gerold; no dormimos aqui.

GER. Pues en dónde dormís?

BLAI. Este caballero desea tanto llevar noticias del señor Luis al castillo, que nos vamos á allí, esta misma noche.

GER. Cómo! Vos tambien?

BLAI. Como he entrado al servicio del señor caballero!...

FAR. Si, he admitido como criado á este mozo, que estaba sin acomodo; y asi como sé que él estará contento conmigo, espero estarlo tambien con él.

BLAI. Vaya si estaremos contentos uno del otro! Conque, nos vamos, caballero?

FAR. Cuanto dista de aqui al castillo?

BLAI. Calculemos?... Una legua, poco mas ó menos.

GER. La distancia es lo de menos, la inundacion es la que puede daros cuidado.

FAR. Como! Hay peligro?...

BLAI. Bah! El camino está espedito, y cuando llegan las aguas, vienen varios correos tocando una bocina y gritando: «El agua, el agua!»

GER. El diablo del normando! Pues conoce la Bretaña tan bien como yo!

BLAI. Asi pues, nada hay que temer. Ademas, yo nada como un pez; no sabéis nadar, caballero?

FAR. No; y cómo es el camino?

BLAI. Pues no! Desde aqui vamos á la capilla de San Pedro; pasamos una senda pequeña á la izquierda, la cual guia á la barca de Port-Corbeau, y en pasadito esta, estamos á dos pasos del castillo.

FAR. Es así, maese Gerold?

GER. El diablo me lleve, si lo hubiera dicho mejor siendo del país! Si os perdéis con tal guia, caballero, no acertareis con ningun otro.

FAR. Entonces, en marcha.

BLAI. En marcha; hasta la vista, carnero coronado! Venid, caballero, os respondo de todo. (salen.)

GER. (solo.) Lo que yo digo es, que si me dieran á elegir entre este normando y el diablo... creo que elijiria al demonio!

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

EL CASTILLO.

Salon gótico en el Castillo de Penhoel.

ESCENA PRIMERA.

RENATO, LEIVEN, CHARMETTE, MARTA, BLANCA, DIANA JUAN.

(Al levantar el telon, estarán jugando Renato, Charmette, Joan y Leivén; las mujeres formarán un grupo en el lado opuesto del salon; Blanca duerme recostada en el regazo de su madre, y Diana está leyendo en un libro grande, con manecillas de plata.)

DI. (lee.) «Después de la partida de su noble hermano, que iba á pelear contra los sarracenos en Palestina, quedó Roberto de Malestroit solo en el Castillo. Hacia mucho tiempo que amaba en silencio á Margarita de Rieux, prometida esposa del ausente... Trascurrió un año... en el castillo ninguna nueva se recibia de la tierra Santa, en la cual el mayor de los Malestroit combatia por la gloria de Dios. En el año de gracia de 1588, dia de la Candelaria, se desposó con Margarita, Roberto Malestroit, el menor de los dos hermanos.»

REN. (jugando.) Pido seis bazas. (á Diana.) Hija mia, hace ocho dias que dura esa historia y... pudieras pasar á otra.

MAR. (con agrado.) Cierra el libro, Diana; que no agrada esa lectura á Renato. (Diana obedece.)

LEI. Siete bazas en copas!—Hay libros que parecen escritos para burlarse de las personas.

REN. (estremecciónse.) Qué quereis decir, señor Leiven?

LEI. Yo... nada: con que vos, señor Juan de Penhoel, sostieneis...

JUAN. Yo... no sé, pero... sostendria...

DI. (mirando á Blanca de soslayo.) (Qué pálida está, y como se conoce que sufre!) (mirando á Renato.) (Y Renato tiembla... apenas puede sostener las cartas...)

LEI. Ya tenía ganada la partida, á no ser por el tío Juan.

JUAN. Os ruego, me dispenséis, maese Leivén.

REN. (con acritud.) Nuestro tío es demasiado rico, para jugar con pobres como nosotros.

JUAN. (resentido, pero con dulzura y levantándose.) Que rico sobrino, si Diana, sobrina tuya, y yo estamos hace mucho á cargo de la hospitalidad de Penhoel, nos iremos á morir á otra parte.

REN. (deteniéndole bruscamente.) Qué es eso? Te he ofendido? Párdize! Eres hermano de mi padre; tu hija lo es mía... Dame la mano, y no te enfades.

MAR. (á Diana.) (Tiene buen corazón, no es cierto?) REN. Decías antes, maece Leivén, que ha estado buena la feria de Redou?

LEI. Muy buena: Pontalés ha comprado seis pares de bueyes.

MAR. (Vá á hablarle de Pontalés!...)

LEI. A propósito do Pontalés; sabeis que el regente le ha nombrado caballero de Sancti Spiritus?

REN. Pontalés caballero de las órdenes del rey!...

LEI. Ya tiene derecho á subir en las carrozas reales!

REN. Macece Leivén, sois amigo de Pontalés?

LEI. Yo!

REN. Si lo sois, aconsejalle que añada á su escudo de armas un vaso ó una botella, en memoria de su abuelo, era tabernero... Mas juguemos, y vaya al diablo semejante pilló! (juegan.)

DIA. (yendo hácia Juan.) (Ese Leivén no me gusta, padre mío!)

JUAN. (No te alteres; ya estoy en todo.)

REN. Partida.

LEI. Permittidme, la gano yo....

REN. Lo veremos.... atención, tío Juan; pero, tu qué diablos piensas?

JUAN. Estoy pensando....

REN. En qué?

JUAN. (con lentitud.) Que hoy mismo, seis de setiembre, hace quince años que Luis, tu hermano mayor, y mi sobrino....

REN. Luis!

JUAN. Atravesó por última vez los umbrales del castillo. (movimiento general: Renato se levanta, Marta se estremece; Blanca se despierta.)

BLAN. Le he visto, mamá, le he visto....

DIA. (Dios mío! Que irá á decir?)

BLAN. No me preguntas de quién hablo? Será porque lo adivinas....

MAR. Nada adivino, hija mía; tú sufres....

BLAN. No adivinas... mamá? Si... debes adivinarlo, porque todos los días, me haces rogar por él. (Renato se levanta de la mesa.)

LEI. (Esto se vá euredando!)

BLAN. Pues le he visto, y tienes razón, mamá; es muy bueno y cariñoso. En mi sueño, me oprimía la mano, como si hubiera querido llegar hasta mí, y hasta tí... Revelaba su rostro, el cariño que nos tiene á ambas....

REN. (ap. con las dos manos sobre el pecho.) Oh!... si... á ambas.... (vuelve á sentarse.)

JUAN. (en voz baja.) (Solo á los muertos se les vé entre sueños... Ya hace quince años que partió! Blanca? (llamándola.)

BLAN. (yendo hácia Juan.) Qué queréis, tío?

JUAN. Querida niña, cuando en adelante mezeles en tus plegarias el nombre de Luis, que sea para pedir á Dios por su alma.

MAR. (terrántándose.) Oh! (se cubre el rostro con las manos)

REN. (yendo hácia ella y cogiéndola por un brazo.) Señora!... Estais llorando?... Y... por qué?

BLAN. (asustada) yendo hácia Renato.) Papá! (Renato la

abrazo, y ella vuelve junto á Diana.)

REN. (Marta... perdoname! Si supieras cuánto sufro! Mas, no tengo razón; demasiado lo sé. Cuando esta idea oprime y tortura mi pobre corazón, mi cabeza se abraza... (á Juan, bruscamente.) Dios os confundida, tío! Creéis tener mas derecho que yo para amar á mi hermano mayor, en mi propia casa? Le amo, lo entendéis? Le amo, y Dios hará que yo le vea en mis sueños. (en voz baja y suplicante.) Marta, me habeis perdonado?

MAR. De qué he de perdonaros?

REN. Tened piedad de mí! Si tan desgarrador pensamiento se me ocurre, es porque... Marta, decid qué me amais!

MAR. Si, Renato; os amo! (con el mayor cariño.)

REN. Oh, no! vuestra voz desmiente á vuestras palabras! Mil veces he procurado persuadirme de que soy fuerte para... mas lo recuerdo y... aun creo que vos me lo recordais mas á menudo. (vá hácia el fondo.) Quisiera perder la razón!

BLAN. (yendo hácia Renato.) Papá, qué tienes?

REN. Qué tengo?... (rechazando á Blanca.) (Esta idea es horrible... Me asesina!) (Blanca vá hácia su madre, que la oprime contra su corazón.) En vano procuro arrojarla lejos de mí. (señalando al corazón.) Siempre está aquí, hija! (todos le observan con terror; de pronto se vuelve y dice con alegría ficticia.) Qué tenéis todos? Parece una noche de duelo! Reios, párdize! Resnenen alegres risas en la mansion de Penhoel.

BLAN. (acercándose mas á su madre.) Tengo miedo!

LEI. Si gustais, retireros, caballero! ah, ah, ah! Cuando queréis, sois bien alegre vos mismo! Hablemos de...

REN. (vá hácia la mesa.) Borajad las cartas, tío; y juguemos hasta la hora de cenar. (Juan baraja y dá cartas.)

DIA. (Esta noche vá á suceder alguna desgracia!)

REN. (trae las cartas.) No, no quiero jugar!... Vamos, hijas mías; tomad el arpa, y cantad alguna canción; la que querais.

BLAN. (yendo hácia Diana.) Mí concion!... La concion de las bellas de la noche; quieris, primo!

DIA. (con dulzura.) Te he rehusado jamás cosa alguna? (si alguna de las actrices puede cantar, cantará aquí una canción; sino, se prepararan como á tir en busca del arpa)

REN. No, dejado, hijas mías! La música me haría daño.

BLAN. Es cierto, mamá, que cuando mueren las jóvenes, antes de casarse, vienen sus almas á llorar junto á los sauces de las lagunas?

MAR. Hija mía!...

BLAN. El anciano Haligan me lo contó esta tarde, cuando veníamos; me dice á menudo, que las bellas de la noche, con túnicas blancas, y el cabello tendido, se deslizan dando ayes sobre la superficie del agua.

MAR. Al referirte eso, no lo hecho otra cosa que manifestarte la antigua creencia que existe en Bretaña. Segun ella, los vapores que se elevan desde las lagunas, tienen cuerpos diáfanos, y son las almas de las jóvenes que mueren en el estado de la inocencia y la virtud. Como estos vapores son tan abundantes durante la noche, nuestros aldeanos dan á estas pretendidas apariciones, el nombre de bellas de la noche; tal es la esplicacion de tan dulce y poética creencia.

REN. Tío, estais triste; en qué pensais ahora?

JUAN. Recuerdo la época, en que Luis trajo esa balada del pais de Vannes.

REN. (con violencia.) Aun más! Por el nombre de mi padre, que os habeis propuesto volverme el juicio! Luis, y siempre Luis! (se oye el sonido de una bocina.)

BLAN. No oís?
DIA. La señal de alarma!
REN. Eso es que la inundacion se acerca.

ESCENA II.

Dichos, IVON y HALIGAN.

IVON. (entrando.) No habeis oido? El rio ha salido de madre y la inundacion camina mas ligera que un caballo á galope. Sin embargo, aun hay desdichados que piden pasar la barca.

DIA. La barca á estas horas!

LEI. La barca!.. Estarán locos!

MAR. Son perdidos, si no se les socorre! Avisad á Haligan, que estará en la cocina.

BLAN. (llamando por una puerta lateral.) Haligan, Haligan!

HAL. Señorita?

MAR. Haligan, no has oido?

REN. Parece que algunos cristianos se hallan en peligro de muerte, y piden socorro: alerta, Haligan, alerta! (vase Juan.)

HAL. Yo no se si son cristianos, pero siendo del pais, ya habran reconocido la lucina del correo. De fijo son extranjeros, señor de Penhoel.

REN. Y qué importa?

HAL. Los extranjeros son el azote de la pobre Bretaña.

MAR. (asomándose á la ventana.) Me parece que piden socorro!

REN. (á Haligan.) Traes contigo la llave de la barca?

HAL. Si, pero nuestros padres lo decian: «el que salva la vida á un extranjero, arriesga su cuerpo y su alma.» (saca la llave de su bolsillo.)

REN. La llave, la llave te digo! (cogiéndola.)

MAR. Renato! Y si acaso corrieses peligro!

REN. Ojalá muriese, señora! (Marta quiere detenerle.)
Dejadme, dejadme! Ven, Haligan, sigueme! (salen.)

ESCENA III.

Los mismos, menos RENATO y HALIGAN. Leivén y Charmette se asoman á la ventana, y miran por los cristales: Diana, Blanca y Marta se agrupan en un ángulo del primer término de la escena.

BLAN. Has oido, Diana? Me pareció reconocer la voz de Rogério, en esa que pedia socorro.

DIA. Loca! Su castillo está del otro lado del arenal.

BLAN. Crees que no será él?

DIA. No puede ser, mi pobre Blanca. (á Ivon.) Es preciso que vayais al castillo de Pontales.

IVON. Por serviros, lo haré con mucho gusto, señorita.

DIA. Preguntarás por el caballero Rogério...

IVON. Para que tenga noticias la señorita Blanca?

DIA. Sea para lo que quiera; le dirás que tengo precision de hablarle.

IVON. (asombrado.) Vos!

DIA. Si, yo; encargale que venga mañana por la mañana, antes que nadie se levante.

IVON. Ah!

DIA. Vé pronto, y vuelve á darme la respuesta.

IVON. Voy. (sale, mirándola con inquietud y tristeza.)

DIA. (mirando á Blanca.) (Pobre prima mía... mañana lo sabré todo!)

MAR. (Dios mio! Ten piedad de nosotros, y vela por su padre (mirando tambien á Blanca.) que lo es... aun cuando lo duda! Oh! esto es horroroso!)

LEI. (á la ventana.) Sale la luna, y á favor de ella, vemos que la corriente ha arrastrado la barca... (Diana corre á la ventana.)

BLAN. Pobre padre mio!

DIA. Se les vé... Se les vé! Piedad, Dios mio!

MAR. Qué dices?

DIA. (retrocediendo.) Oh!

MAR. Qué tienes? (acercándose á Diana.)

DIA. (mirando.) La barca descendiendo, volviendo desde la muger blanca. (Marta y Blanca se arrodillan.)

MAR. Se les vé? (á Diana, con ansiedad.)

DIA. La luna se oculta entre las nubes.

LEI. Sin embargo, miradlos, señorita.

DIA. (juntando las manos.) Ah! La barca sube... ya han salvado la corriente. (coge las manos de Marta.) Están libres, señora.

MAR. y BLAN. Se han salvado!

DIA. La barca se acerca, y conduce á dos que parecen extranjeros.

LEI. (mirando.) (Si serán?... Ese Haligan, tiene algo de adivino! (viene hacia el proscenio.) No será malo marcharnos.)

ESCENA IV.

Dichos, RENATO, HALIGAN y JUAN.

REN. (entra y empuja á Haligan hacia el centro de la escena.) Ved aqui á un bellaco, que me ha salvado la vida, al mismo tiempo que queria impedirme que diese hospitalidad á dos pobres extranjeros.

LAS MUJERES. (rodeando á Haligan.) Gracias, Haligan, gracias!

HAL. No me las deis á mi, sino á vuestro tío; sin él estábamos perdidos; y en cuanto á lo que dice de hospitalidad, aun cuando quisiera arrojarme de su casa y aun matarme, le repetiria que esa gente le ha de quitar la vida de su cuerpo, y la salud de su alma!

REN. (alegre.) Calla, pobre viejo!

LEI. Recibid la enhorabuena de vuestro mas sincero y desinteresado amigo. (dándole la mano.)

REN. Gracias!

MAR. Y dónde estan esos extranjeros?

REN. En la cocina, secando sus vestidos.

HAL. Traen oro... terciopelo! Como mugeres; si... traen la ruina y la desgracia!

REN. Calla. (á los criados.) Id á preparar la cena, y... que haga honor á la hospitalidad de Penhoel. (salen los criados.)

JUAN. (Veis como se han desvanecido sus sómbrios pensamientos?) (á Marta.)

MAR. (Dios lo quiera!)

ESCENA V.

Dichos, FABAON y BLAISE. Faraon aparece en el humbral, y se detiene para saludar.

LEI. (Cielos! Es el mismo!)

BLAN. (á Diana.) (Este es el que encontramos en el camino!)

DIA. (Si... le reconozco!)

REN. Seas bien venido, caballero.

FAR. (entra y saluda con cortesia exagerada.) Mil gracias, mi querido salvador. (besa la mano de Marta.)

A fé mia, que debo agradecer mucho á la suerte, y aun darle gracias por el peligro que me ha hecho correr.

HAL. (á Juan.) (Juan de Penhoel, qué pensais de los que dicen suerte ó casualidad, en vez de providencia?)

JUAN. (Calla, Haligan, calla!)

FAR. (mirando á Haligan.) Ola, tambien, esta ahi vuestro sómbrio compañero! Partid... Si hubiese ido él solo...

MAR. Caballero, Haligan tiene excelente corazón.

FAB. No digo lo contrario, bella señora; pero lo que es por él, estad segura de que hubiésemos ido al fondo del agua. (*Blaise permanece junto á la puerta, y luego avanza, con timidez, hácia donde está su amo.*)

MAR. (*á Blanca.*) (Por qué examinas á ese extranjero con tanta emoción?)

BLAN. (Yo, mamá!...)

FAB. (*bajo á Blaise.*) (Qué debo decirles?... Ya sabes que me has prometido...)

BLAI. (Yo, en vuestro lugar, diría que había perdido en el agua la cartera en que traíais cartas del caballero Luis.)

FAB. (Lo había pensado, y debo hacerlo así.)

BLAI. (Es buen recurso.) (*se retira.*)

REN. Sentaos, (*á Faraon.*) caballero, y no os quejéis de nuestro barquero Haligan, sabéis que podríais quejaros, con mas razon, de vuestro criado? (*por Blaise.*)

FAB. De Blaise!

REN. Ah! sellama Blaise? A fé mia, que es buen nadador!

BLAI. Vaya si nado!

REN. Síbeis dejáros llevar de la corriente para enfilar hácia la orilla.

BLAI. Pues no!

REN. Pero eso no es de un criado leal.

BLAI. Cada uno tiene sus ideas; el caballero no me ha ajustado para que le impida que se ahogue, sino para servirle en tierra.

FAB. Dispensadle, no sabe lo que se dice.

BLAI. Teneis razon.

FAB. Ahora, aun cuando vuestra hospitalidad es tan discreta como generosa, es menester que os manifeste á quién la dispensais. (*movimiento de curiosidad.*)

REN. Ah! huésped que Dios envia á Penhoel, jamás este le pregunta su nombre.

FAB. Sé muy bien cuanto vale Penhoel; pero como le conozco, deseo que tambien me conozca.

REN. (*asombrado.*) Me conocéis?

FAB. Hace mucho tiempo, no obstante que os veo hoy por la primera vez; y si no, veamos: (*señalando á Blanca.*) He aquí al angel de Penhoel.

MAR. (*asombrada.*) Ah!

FAB. Lleva un nombre encantador, pero menos encantador que quien, como ella, merece llevarlo. He aquí á Juan, vuestro buen tio... el tio de las almadreñas, como soles llamarle. (*por Diana.*) Esta joven señorita, es la gracia y el consuelo de esta morada. Ahora no dudo que desearéis conocerme?

REN. Desde luego que si.

FAB. Mi nombre nada os dirá... me llamo el caballero de Faraon, antiguo nombre del Viverais; pero no ha sido la casualidad quien me ha conducido á la barca de Port-Corbeau... Señor de Penhoel, venia á vuestra casa.

REN. A mi casa!

FAB. En ese fatal accidente, por el cual, sin vuestro generoso auxilio, hubiese perecido, perdi mi equipage y mi cartera, con valores no insignificantes; pero esto poco me importa; lo que siento es, que con ella he perdido una correspondencia, que hubiese bastado á recompensar con usura el servicio que me habeis prestado; esto es lo que siento.

REN. No os comprendo, caballero!... Queréis esplicaros?

FAB. (*con lentitud.*) Nadie adivina...

REN. Repito que os esplicaré.

FAB. No aguardais noticias de nadie?

REN. De nadie.

FAB. (*con tono solemne.*) Luego el mayor de los Penhoel, está completamente olvidado en la mansion de sus padres?

TODOS. Luis! (*movimiento general; Marta se levanta y vuelve á caer en su asiento; Renato retrocede en su silla; las jóvenes se levantan, y Juan avanza vociferando hácia Faraon.*)

LEI. (Excelente golpe, y á tiempo!)

JEAN. Dónde esta?... En dónde se encuentra?

FAB. Lejos, muy lejos de aqui. Pero siempre acordándose de vosotros: por esto me encargó á mi, su mejor amigo, que os trajese noticias suyas.

JEAN. Diez años hace que no he experimentado una alegría igual, á la que ahora siento.

DIA. Y volverá?

FAB. (*como dudando.*) Descais que venga?

REN. Caballero, yo soy el menor de los Penhoel; y el dia en que Luis se presente aqui, le entregaré con alegría la casa de nuestro venerado padre.

JEAN. Gracias, Renato; Dios te recompense esas palabras.

BLAN. (*á Diana.*) Y si no viene, nosotras iremos á buscarle... No es verdad, prima?

DIA. Chist!

FAB. Traia cartas suyas, que han pasado al fondo del agua con mi pobre cartera. (*mirando á Marta.*) Traia... varias...

REN. (*con viveza.*) Y eran para mi esas cartas?

FAB. Habia una para vos.

JEAN. Y para mí?

FAB. Para vos... tambien habia otra.

REN. (*con ansiedad.*) Y habia mas? (*Faraon duda un momento, y mira á Marta, pronta á desfallecer.*) Decid...

FAB. No habia mas. (*Marta respira.*)

REN. No habia mas!... (*mira sucesivamente á Marta, y á Faraon.*) Caballero, antes de que os retiréis á vuestra habitacion, quisiera que me acordásemos cinco minutos de audiencia. Ahora, vamos á cenar.

MAR. (*á Juan, que se aproxima á ella.*) (¡Tiemblo!... Tengo miedo!)

FAB. (*saludando.*) Como gustéis, mi querido huésped. (*un criado toma un candelabro.*) (Doy al diablo si me agrada semejante entrevista.) (*á Blaise.*) Qué diceis tú á eso!

BLAI. (A pesar de que teneis mas talento en vuestro dedo meñique, que yo en todo mi cuerpo, creo que debo estar presente á esa entrevista.)

FAB. (Sea!) Toma una luz y siguenos. (*á Blaise.*)

REN. Os esperamos, caballero.

FAB. Estoy á vuestras órdenes. (*sale con Renato y las jóvenes.*)

BLAI. (*detrás de Marta.*) Eran tres las cartas.

MAR. (*retrocediendo.*) Tres!...

JEAN. (*á Blaise.*) Qué quieréis decir?

BLAI. No sé! (*toma un candelabro.*)

MAR. (*á Juan.*) Amigo mio, mi corazón me dice, que estoy próxima y una gran desgracia.

JEAN. Pues la sufriremos juntos, si Dios nos dá valor, hija mia!

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

EL CUARTO DE BLANCA.

Como con cortinas blancas, en el fondo.—Una imágen de la Virgen, alumbrada con una lamparilla; el aspecto del cuarto, demuestra la frescura y sencilla elegancia de la habitacion de una jóven.

ESCENA PRIMERA.

MARTA, BLANCA.

MAR. (*en el bastidor*) Os doy mil gracias; tal vez no sea nada; Blanca se pone mala siempre que baila; un rato de reposo la bastará para reponerse. Mañana tendré el honor de daros noticias suyas. (*yendo hácia Blanca*.) Que susto me has dado!... Verte caer de aquel modo... sin sentido, en medio de la fiesta!... Sufres am?

BLAN. Sí, sufro mucho.

MAR. Qué tienes?... Qué sientes?

BLAN. No sé!

MAR. Será... nada; no es verdad?

BLAN. Así lo espero.

MAR. (Dios mío!)

BLAN. A mi vez puedo también preguntarte; qué tienes, mamá? Estas llorando!

MAR. Llorar! Por qué quieres que llore? Me has dado algún motivo de disgusto?

BLAN. Yo?... No, mi buena mamá!

MAR. (Su voz y su mirada es la de una niña!... La inocencia de un ángel, y sin embargo...) Vamos, mi pobre Blanca, explícame lo que padeces.

BLAN. Antes, cuando era pequeña, estaba enferma muy á menudo, pero... los sofismas de entonces, en nada se parecen á los que experimento ahora; de pronto mi aliento se extingue, desfallece mi corazón y... oh! Entonces tengo tanto miedo!

MAR. (*sentada*.) Pues figúrate que eres como entonces, Blanca; te acuerdas cuanto te agradaba dormirme así, en mi regazo?

BLAN. Sí, junto á tu corazón!

MAR. Y antes de dormirme, me referías cuanto durate el día habías hecho.

BLAN. Y también ahora te lo cuento, mamá!

MAR. (*sonrie*.) Estas segura? Las jóvenes son muy afectas á formar misterios...

BLAN. Pero yo, no! Me gusta manifestarte por entero mi corazón y mi alma!

MAR. Te creo, pobre ángel mío; y podrías hacerlo de otro modo? Ya sabes cuanto te amo, y por lo tanto....

BLAN. Continúa...

MAR. Escucha, Blanca... las jovencitas no ven claro en el fondo de su propio corazón... me acuerdo del tiempo en que yo era de tu edad...

BLAN. Debías ser muy bella, y muy amada... Espera, deja que apoye en tu brazo la cabeza; estoy muy cansada... (*Blanca vá progresivamente como cediendo al sueño*.)

MAR. Era como tú, Blanca; pero menos linda, y había perdido á mi madre. Oh! si la hubiese tenido como la tienes tú... me parece que mi vida hubiera sido muy diversa; pero... Qué iba á decir! Acaso iba á hacerte creer que soy desgraciada, y... todo lo contrario... soy muy dichosa; faltando solo á mi felicidad, que mi amada Blanca me revele sus secretos... todos sus secretos!

BLAN. Qué secretos, mamá? (*con inocencia*.)

MAR. Vamos á ver... á quién amas con preferencia entre todos los que viven en la mansion de Penhoel?

BLAN. Entre todos?...!

MAR. Sí.

BLAN. No sé.

MAR. Conque no quieres decirme á quién prefieres?

BLAN. (*durmiéndose por grados*.) Al que yo amo, no le veo en la casa de Penhoel.

MAR. Entonces, á qué familia pertenece el que amas?

BLAN. Es... Te vés á enfadar mucho!

MAR. (*observando que tiene Blanca una carta oculta en el pecho*.) Ah! qué es esto?... Un billete! (*vá á abrirla*.) No... toma tu carta... Quiero deber á tu confianza la verdad, por amargo que sea.

BLAN. Amada mamá, esta carta es de Rogerio...

MAR. Rogerio de Pontalés! Es él á quien amas?

BLAN. Sí, mamá.

MAR. Dios mío, y... desde cuándo?

BLAN. Que se yo! Me parece que le he amado toda la vida! Te acuerdas de una vez que te pregunté por qué no venían aquí el marqués y su hijo, y me respondiste, que los Pontalés y los Penhoel eran enemigos? Entonces interrogué á mi corazón, para saber si era enemigo de Rogerio, y... me respondió que no. Aquella misma noche, cuando estaba para dormirme, sentí que llamaban en las vidrieras de mi ventana, y... era Rogerio, que también había interrogado á su corazón... Pobre Rogerio!... El, enemigo nuestro! Si supieras cuanto te ama y te respeta!

MAR. Y á qué venía?

BLAN. Venía á decirme: puesto que Dios enseña á sus hijos que se amen, amémosnos, Blanca, y... qué sabemos?... Acaso nuestro cariño sea el iris de paz y reconciliación entre nuestras familias.

MAR. (Pobres jóvenes!) Y le has visto despues?

BLAN. Sí, mamá.

MAR. Frecuentemente?

BLAN. Tan á menudo, como le podido.

MAR. Y jamás me lo has dicho!

BLAN. He hecho muy mal; pero Rogerio tenía miedo, porque sabía muy bien, que si me hubieras dicho, «no quiero que le ames» no hubiera vuelto á verte, aunque me costase la vida.

MAR. (*abrazándola*.) Hija querida!

BLAN. (*arrodillada*.) Me perdonas, mamá?

MAR. Te perdonaré, con la condición de que volverás á ser mi querida Blanca de otro tiempo, no ocultándome nada.

BLAN. Nada te ocultaré, querida mamá.

MAR. (*procurando sonreir*.) Vamos, procura recordar...

BLAN. Escucha, voy decirte una cosa, que jamás he podido decidirme á contarte; el por qué... lo ignoro; y sin embargo, tiemblo á pesar mío.

MAR. Habla, habla! (*con ansiedad*.)

BLAN. Una tarde estábamos solos Rogerio y yo, en el pabellon del jardín, y de pronto me pareció que las miradas de Rogerio me abrazaban el corazón!... No me hablaba, porque, al parecer, sufría mucho; yo estaba poseída de una especie de entorpecimiento, y mis ojos se velaban, experimentando una cosa, que solo debe sentirse en la hora de la agonía... Luego cesé de ver y oír... Cai sobre el césped aletargada, ó mas bien, muerta!

MAR. Y cuando volviste en tu acuerdo?... (*con ansiedad*.)

BLAN. Eso es inexplicable; no estaba allí Rogerio...

MAR. Sin duda cuando te vió pálida y enferma, correría á buscar algun auxilio?...

BLAN. No es eso, mamá; porque te llamé y... no volvió... No fué su voz la que respondió á la mía... Un hombre se ocultaba entre las sombras, cerca de mí.

MAR. Quién era, hija, quién?

BLAN. El caballero Faraon!

MAR. (*levantándose*.) (Dios mío, dais ojos proféticos á las madres, y... adivinan!) Rogerio es un niño como tú; tiene un corazón noble, en tanto que ese caballero, ese hombre que por nuestra desgracia se ha instalado

en nuestra casa... Ese hombre es capaz de semejante infamia!

BLAN. Qué dices, mamá?

MAR. Nada... nada. Y después de esa época, no has visto á Rogério?

BLAN. Después, me parece, y esto me entristece mucho; me parece que Rogério se aleja de mí.

MAR. Y Faraon?

BLAN. Oh! A él, no le amo; y cuando me mira, me parece que observo en su rostro una siniestra sonrisa.

MAR. (No hay duda!)

BLAN. Mamá, soy muy dichosa, porque te lo he dicho todo. (se deja caer en el lecho.) Buenas noches, mamá; voy á dormir.

MAR. (Pérdida... perdida! Qué he hecho para ser castigada hasta en mi propia hija! Hace tanto tiempo que sufro, Dios mío!... Arrebataron mi felicidad en los días de mi primera juventud, y no moriré... Vi desplomarse sobre mí la mano del castigo, y la recibí resignada, pero... mi hija... mi pobre hija!... Contra este golpe soy demasiado débil... Tene! piedad de mí, Dios mío, porque soy una infeliz abandonada!

ESCENA II.

Dichas, DIANA.

D.A. (entra después de un momento y ege una mano de Marta.) Y no pensais en mí, senora?

MAR. Diana!

DIA. (arrodillada.) Seria tan dichosa en poder sacrificarme y en morir por vos!

MAR. (con frialdad.) Morir!... Sacrificaros! Teneis unas ideas muy extrañas, hija mía!

DIA. Os veo llorar tan ameno!... Particularmente desde que el caballero Faraon se ha instalado aquí.

MAR. Me espais, Diana? Mas de una vez he creído apercibirme de ello.

DIA. (levantándose.) Espiaros, tia!... Quiero decir, señora... no, jamás he venido antes de retirarme á mi cuarto, para saber si mi prima estaba alivada y si podria seros útil en alguna cosa. Los convidados se han retirado, encargándose os manifieste sus sentimientos y buenos deseos, por cuya razon tambien he venido para cumplir su encargo, señora.

MAR. Llámame tia!

DIA. (con vehemencia.) Mi buena tia! Esto no disculpa mi accion, porque no debi venir, puesto que deseabais estar sola con Blanca, y ni aun admitisteis la compañía de mi tio, ni la de mi padre Juan, á quien tanto amais.

MAR. Si, le amo, Diana: pero tenia necesidad de estar sola con mi hija.

DIA. Ah!

MAR. Qué quieres decir?

DIA. Nada.

MAR. Me engañas! Sabes... has apercibido ó... adivinado...

DIA. El qué, señora?

MAR. (Qué iba á hacer?)

DIA. Me preguntais si sé alguna cosa respecto de Blanca, y... que puedo saber! Como no sea lo que esta noche se decia entre nuestros amigos de las cercanias...

MAR. (con interés.) Qué decian?

DIA. Que mi tio nada puede rehusar al caballero Faraon, y que este la formado empeño en que Blanca sea su esposa. Otros dicen... pero estos son tan infames como mentirosos, que el caballero se ha arreglado de modo que vos, querida tia, estais en la obligacion de

colocar en su mano la de mi prima.

MAR. Vil calumnia. (De él nacen esas voces!)

DIA. Todo lo que aqui pasa, es bien extraordinario.

MAR. Pues que mas sucede?

DIA. Sucede, tia, que durante el baile, he sorprendido cosas... extrañas! Pocos momentos hace que al marcharse todos los comensales, escuché una conversacion muy animada junto á los tilos; me aproximé, y reconocí la voz de mi padre.

MAR. De mi tio Juan!

DIA. Si; y parecia estar muy enfadado.

MAR. A quién hablaba?

DIA. Al caballero; cuando me sintieron, se callaron, pero sin sin embargo, sus últimas palabras.

MAR. Y eran?...

MAR. Una cita que daba mi padre al caballero, para esta noche, en la Torre de Tallet. O que debia asistir tambien el marqués de Pontales y... esta circunstancia me hizo temblar.

MAR. En efecto... es extraño! Vé á decir á tu padre que venga... No, espera... Si, sera mejor de este modo... Sabes qué hace mi marido en este momento?

DIA. Sera preciso decirlo? Esta jugando á las cartas con el caballero, segun su costumbre.

MAR. Si... y después del juego, la embriaguez, ó un sueño semejante a la muerte. (á Diana.) Diana, querida hija mía, ven; ponte de rodillas junto á mí, y reza: reza con mas fervor que nunca... Dices que me amas, que dotas por mi tu felicidad y tu vida?... Pues bien, Diana... todo por ella... todo por ese pobre angel!

DIA. Oh, si! Estoy pronta... todo por Blanca; mi felicidad y hasta mi vida!

MAR. Las pobres madres somos tan egoistas y tan locas!... Hija, no me escuches, mi corazón está despedazado y... deliro! No pueda aceptar tu sacrificio: Blanca es de su madre, y a esta le corresponde sacrificarse por ella. Por que habias tu de morir?...

DIA. Porque es vuestra hija, porque vive adorada y porque...

MAR. Por qué?

DIA. Porque á mi, nadie me ama!

MAR. (abrazándola.) No te amo!... Es verdad, pobre niña! Y eres tan buena, tan hermosa, tan pura, tan desinteresada!... Escucha, seras amada; seras mi confidente y mi segunda hija; seras... si, seras... Qué estoy diciendo? (vuelta.) Diana... he sufrido tanto!... Parece que me muero... Yo... oh!... (se desmaya.)

DIA. Ha querido tia... temblo! (la prodiga sus cuidados.) Baste la dicho!... Pobre madre! Ha sufrido tanto... ah! Bendito sea Dios, ya respira! (Marta vuelve en sí.)

MAR. (con frialdad.) Ah! Estais aquí, Diana? No estais en el baile, ó se ha concluido?

DIA. Hace mucho tiempo que estoy á vuestro lado; hablabamos de vos y de un peligro que amenaza á vuestra hija.

MAR. De eso hablabamos?... Amenaza á Blanca algun peligro!

DIA. Vos lo deciais!...

MAR. Yo... Las jóvenes os forjais quimeras algunas veces!... Vé á descansar, Diana; no existen misterios ni desgracias, mas que en esa cabeza de veinte años.

DIA. Pues así lo quereis... os dejo... Adios, señora! (con tristeza.) (Cree que empezaba á amarme.) (sale lentamente, y vuelve como involuntariamente.)

MAR. Adios, hija mía, adios. (Al volver Diana, la abraza como por un movimiento de cariño.) Adios!

ESCENA III.

MARTA.

Pobre Diana! Aun nos rodean excelentes corazones! (vá hácia Blanca.) Duermel... Ella misma lo ignora! Oh!... si siempre pudiera ser lo mis no... si pudiera tomar para mí sola toda la amargura, y dejarla el tranquilo reposo, la alegría y la felicidad... Pero despertará, y la luz esclarecerá su pobre é ignorante alma, y sabrá... Duermes, inocente niña, duermes tu último sueño de virgen... Yo velo por tí. (se prepara á salir.) No olviden os la hora de la cita; yo os haré ver, caballero, que la pobre madre ni teme ni vacila cuando se trata de la tranquilidad de su hija! (sale precipitadamente, y á poco entra Diana de puntillas; vá á la derecha y llama á Blanca.)

ESCENA IV.

BLANCA, DIANA.

DIA. (junto á la cama, llamando.) Blanca, Blanca!
 BLAN. (dormida.) Quién me llama?
 DIA. Blanca!
 BLAN. (despierta.) Eres tú, prima?... Que bien dormía!
 DIA. Levántate!
 BLAN. Para qué?
 DIA. Ya lo sabrás; ven.
 BLAN. Pero á dónde quieres que vaya?
 DIA. Te he dicho que luego lo sabrás.
 BLAN. Picarilla!... No me muevo si no hablas.
 DIA. Eres una niña, que estas jugando con la desgracia!... El tiempo vuela! Ven, en nombre del cielo!... Sígueme!
 BLAN. (levantándose.) Me asustas!... Pero á dónde vamos?..
 DIA. A la torre de Calet.
 BLAN. A la torre! Para qué?
 DIA. Allí deben reunirse unas personas á quienes es preciso hablar esta noche.
 BLAN. Y hemos de ir solas?
 DIA. No somos las jóvenes mas animosas de toda la Breaña? No es la vez primera que hemos atravesado los arenales, en nuestros veloces caballitos, y bajo el trage de las bellas de la noche hemos ido á sucourir á los desgraciados
 BLAN. Y qué hemos de decirles?
 DIA. Es preciso que sobre la marcha, el padre de Ruge-rio, lo sea tambien tuyo, ó que...
 BLAN. Qué!
 DIA. De lo contrario estas perdida!
 BLAN. Perdida! No te comprendo!..
 DIA. (casi arrastrandola para que la siga.) Y si rehusa?...
 BLAN. Concluye!
 DIA. Si rehusa... nos matará á las dos... Ven... Sígueme!

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

LA TORRE DE CADET.

Paysage agreste.—La torre, grande y negra construcción, está medio cubierta por los árboles, y entre las almenas se verán grandes grupos de yerbas y flores silvestres.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

BLAISE, FARAON.

FAR. Crei que no llegabamos nunca (observando.) Me

parece que no hay peligro de que nos incomoden. Baise, enciende las teas, porque quiero rendir todos los honres á los personajes que esperamos.

BLAI. (lo hace) Voy, señor caballero.

FAR. (se aproxima, y dá á Blaise familiarmente sobre un hombro.) Esto vá bien; vá perfectamente.

BLAI. (frotándose las manos.) Me complace veros tan satisfecho.

FAR. Renato pierde todas las noches y todos los días; el juego es una de sus primeras necesidades; pero como de este modo no es posible que el asunto vaya tan de prisa como es menester, le he inspirado la idea de que triplique su fortuna, tomando acciones en el banco del Mississippi.

BLAI. Es decir, que le dareis por su buena plata, pedacitos de papel, como los de aquel judío...

FAR. Chist!

BLAI. Aquel que atrajeron hácia el cafetin de la calle de Venecia... en Paris...

FAR. Callaras?

BLAI. Ya callo... A propósito, habeis tenido noticias del caballero de Grandpre?

FAR. Si, está en la Luisiana.

BLAI. Ha hecho como un santo; porque si se hubiera quedado en Francia, le hubiesen enroddado...

FAR. Callate!

BLAI. Enroddado vivito.

FAR. (vá á sentarse) Maese Blaise!

BLAI. Suis muy afortunado, caballero; porque llevais una vida de patriarca; coméis bien, dormis mejor; hacéis la corte á la muger, y sacais sendos luises al marido! A té de Blaise, temeria que esto se acabase; porque si dura tres meses no mas, vais á ser mas rico que el rey!

FAR. (levantándose.) Miserable! Hay momentos en que haria...

BLAI. El qué, señor caballero?

FAR. Rico!... Rico!... Y á propósito, entregas puntualmente mis cartas á la señora?

BLAI. Vaya!... Bajo palabra de honor; para que no se pierdan, las pongo en el fondo de mi pañuelo, y luego van á su destino.

FAR. Bien... calla, que llegan ya.

ESCENA II.

Dichos, JUAN, PONTALES, LEIVEN.

JUAN. (á Faraon) Disimulad, caballero, si os hice esperar; la indisposicion de mi sobrina me ha detenido con estos caballeros, mas de lo que hubiera deseado.

FAR. Estais dispensado; ahora me ofrezco á vuestras órdenes. Habeis deseado hablarme en presencia de estos señores, y junto á esta torre; pues bien, ya estamos reunidos en el mismo sitio que elegisteis...

JUAN. (con mucha dulzura.) En efecto, tenemos que hablar, y aprecio en todo su valor la exactitud de estos caballeros. Ante todo, debo deciros dos palabras; no sé si sabreis que paso por el hombre mas tímido y pacífico de toda la provincia...

FAR. Vuestro exterior lo anuncia...

JUAN. Y he procurado merecer siempre esta reputacion, señor caballero; pero hay circunstancias...

FAR. Decid!

JUAN. En la última reunion de los estados de Breaña, tuvieron la ocurrencia de elegirme diputado y... no sé por qué! Me presenté como me veis, con mi bonete de lana en la cabeza, mis almadreñas en los pies, y mi espada en el cinto... Es una pobre espada, pero há servido al rey en la guerra de sucesion.

FAR. Concluid!

JUAN. El día de la primera sesión, tres caballeros de Nantes, encontraron mi traje un poco ridiculo, y escúte su risa y... Volví la cabeza humildemente, para no verlo. Entonces se acercaron á mi, y acogi sus bufonadas con sonrisas; pero esto duraba mucho, y no me agradaba que el nombre de Penhoel fuese escarnecido... y me incomodé.

BLAI. (rie.) Ah! ah!

JUAN. (con la mayor sencillez.) Cogi á uno de los tres, le levanté del suelo, y me servi de él como si fuera una vara, para corregir á los otros dos.

FAR. (asombrado.) Vos.

JUAN. Si.

BLAI. (que no rie.) Es valiente!

JUAN. Mi acción no les agradó...

BLAI. No es muy divertido, verse vareado como un olivo!

JUAN. Quisieron tirar de la espada; en aquel momento no pude olvidar que habia sido maestro de armas en la guerra de España; me defendí lo mejor que pude, y maté á los tres, detrás de las cordilleras de Rennes.

FAR. A los tres!

BLAI. Sin darles tiempo para rezar un *Pater noster!*... Qué atrocidad!

JUAN. (mudando de tono.) Pero pasemos á nuestro asunto. Despues que habeis llegado al castillo de Penhoel, sigo todos vuestros movimientos con la mayor atención. (movimiento del caballero.) Permittedme... no me interrumpais... No os he perdido de vista, y aun no he sabido todo lo que descaba; pero sé lo bastante para acercarme á vos y deciros... alto ahí!

FAR. Como, alto ahí!

JUAN. Abrigais malos designios!

FAR. Caballero!

JUAN. Chist... nada de cólera... Cuando yo acabe, estaré á vuestra disposicion. Procedamos por órden; cuando llegasteis al castillo, vuestra primera palabra ha sido una mentira. (movimiento del caballero.) Si, una mentira... Habeis dicho: «Soy amigo de Luis de Penhoel...» Le conocéis siquiera?

PON. Qué significa?...

FAR. Si le conozco!

JUAN. No le conocéis, no; sabiais vagamente, y puedo deciros por quien, que habia un doloroso secreto, ligado al nombre de Luis... esto es bastante, y pronunciasteis este nombre al acaso, sirviéndoos de él como de un talisman... y el talisman correspondió á vuestros deseos. Pues ahora me agrada que sepais ese secreto, y voy á referiros la historia de Luis.

FAR. Sea, caballero; os escucho.

JUAN. Seré muy breve. Luis de Penhoel era un bizarro y valiente jóven de diez y ocho años, que amaba á Marta, y era correspondido de esta; pero habia otro jóven, valiente tambien, que amaba asimismo á Marta, hasta el punto de perder por ella su salud y su vida... Este era Renato, el hermano menor de Luis. Un día dijo aquel á este: «hermano, muero de amor por ella.» Al siguiente, partió Luis sin decir adios á nadie... Marta aun no tenia quince años... Se conoce el corazón á esta edad?... No sé, pero ella dió su mano á Renato, á quien veia todos los días á sus pies, palido y débil. Si esto fué por amor, ó por piedad... lo ignoro; mas lo positivo es, que Marta es una santa sobre la tierra. Luis volvió al cabo de cinco años, y se excitaron los celos de Renato, y tuvo este animo para decirle: «Parte, ó me muero.» Ya hace diez años que esto sucedió, y que Luis abandonó de nuevo la casa de sus padres, y esta vez, para no

volver! He aqui la historia de Luis; ahora, oid la vuestra; Renato tiene un enemigo mortal en el mundo, cuyo enemigo es Pontalés...

PON. Yo!

JUAN. Si, vos. Y ha colocado cerca de Renato, como á un génio malféico, al que se dice caballero de Faraon, para que le arruine, y acaso para que le deshonre! Si yo digiera á mi sobrino lo que os digo ahora, tal vez se encogeria de hombros. Pues bien, si Renato no quiere defenderse, su tio, el viejo Juan, le defenderá á su pesar... El tio de las almadreñas, puede acordarse aun de las cordilleras de Rennes... Puede colocar su espada en el pecho de un hombre que le ultraja, y... este hombre, sois vos! He aqui la razon de por qué os he hecho venir á este sitio, de noche, junto á esa torre, y en presencia de vuestros cómplices, que serán vuestros testigos!

PON. Cómplices!

FAR. Conque... lo tomais por ese lado?

JUAN. Si, señor caballero.

FAR. Bien, aun tendremos una palabra que deciros.

JUAN. Pues al instante.

BLAI. (Me agrada el viejo!)

PON. (interponiéndose.) Un momento! Esta provocación no esta justificada, y no consentiré...

JUAN. Esa no es cuenta vuestra; he provocado á este caballero, porque ha recompensado la hospitalidad de mi sobrino Renato, con la mas vergonzosa traicion...

LEI. En ese caso, entablado un proceso.

JUAN. Soy un soldado (levantando su espada...) y no reconozco otro juez que este.

BLAI. (Esta es la vez primera que me agrada un juez!)

PON. Pero siempre es preciso encontrar un incho... una prueba...

JUAN. (entrabiendo su vestido.) Conocéis estas cartas?

FAR. (retrocediendo.) Mis cartas!

JUAN. Aqui estan todas, caballero... mi sobrino no ha recibido ninguna...

FAR. Infame Blaise!

BLAI. Bueno! Ahora querrá tomarla conmigo!...

JUAN. Os basta lo dicho?

FAR. Sea, pero... á mi pesar. Alumbra, (á Blaise.) pícaro! (saca la espada; ambos se ponen en guardia y despues de saludarse, dan tres pasos.)

FAR. Bravo! Tirais como un maestro de armas, tio nuestro.

JUAN. Para eso vuestra espada es dejalgodon... Qué diablo, me dá verguenza. (le tira a fondo y el caballero dá un salto atrás.)

FAR. De algodon?... Ahora lo veremos!

JUAN. Vamos... Acabemos!

BLAI. Qué bien salta el señor caballero! (vuelven á ponerse en guardia y Faraon salta nuevamente.)

PON. (á Leiven.) Pero si no tiene fuerza!

JUAN. (colérico.) Pardiéz, caballero!... Batios á pié firme... estamos jugando á la raya? (en el momento en que de nuevo se chocan los aceros, se oye la voz de Marta entre la moteca.)

MAR. Deteneos... Deteneos!

PON. y LEI. Señora!

ESCENA III.

Dichos, MARTA.

MAR. (arrojándose entre las dos espadas.) Deteneos!...

JUAN. Marta, dejadme; jamás os he rechazado, pero esta vez...

MAR. Vos no sabéis... Oh! Lo ignorais todo!...

JUAN. Sé que me hace falta la vida de ese hombre.
 MAR. La vida de ese hombre! Su vida debe ser sagrada para vos...
 JUAN. Sagrada para mí!
 LEL. (á Pontalés.) (Novedad tenemos.)
 MAR. (á Juan, al oído.) (Piedad, queri-lo tío, en nombre de mi hija!)

JUAN. (estupefacto.) (Blanca!)
 MAR. (Dejadme... Es preciso que le hable.)
 JUAN. (Pero...)
 MAR. (Tío, es preciso.)
 JUAN. (rvainando.) (Marta, haced lo que gustéis; espero vuestra decisión.) (á Faraon.) Ya nos veremos, caballero.
 FAR. (á Juan.) Cuando gustéis.
 BLAI. (á Faraon.) (Ha venido á tiempo, porque sino os iba á agujerear el pellejo.)
 FAR. (Luego arreglaremos nuestras cuentas, grandísimo picaro!)
 BLAI. (Tenemos cuentas que arreglar?)
 FAR. (á Blaise.) (Veremos como me aclaras... Ahora, apártate!)
 BLAI. (Voy á pasear un poquito.)
 MAR. Es preciso (á Faraon.) que os hable, caballero...
 FAR. (á Pontalés y Leivén.) Señores, ya habeis oído...
 PON. Quisiera saber...
 FAR. (á Pontalés.) Esperadme en esa fuente, que al momento soy con vosotros.
 JUAN. Señor de Pontalés, acordaos de los tres caballeros de Nantes. (al irse)
 PON. Cómo!
 JUAN. Lo dicho! (se alejan, cada uno por su lado; Pontalés y Leivén por la derecha, Juan izquierda.)

ESCENA IV.

FARAON, MARTA.

MAR. Caballero, habeis traído á nuestra casa la ruina y la vergüenza.
 FAR. (La ruina sea, pero la...)
 MAR. Os maldigo!... Pero es tan grande vuestra pericia en el crimen, que sin embargo de odiaros...
 FAR. Señora!
 MAR. Sin embargo de odiaros con toda mi alma, me veo obligada á tender hácia vos mis suplicantes brazos...
 FAR. No consentiré...
 MAR. Me veo precisada á venir humilde, desolada y anhelante, para ofrecer os el objeto que mas amo en el mundo!
 FAR. Cómo! (Sin duda viene á pedirme que me largue.)
 Y ese querido objeto, señora?...
 MAR. Es mi hija, caballero.
 FAR. Vuestra hija!
 MAR. Dodais?... Hemos caído tan abajo, que nos es preciso subir hasta la vergüenza de una repulsa?
 FAR. No... jamás! (No comprendo una palabra!... ah! Ya caigo! Me temen como á enemigo formidable, y les asusta la proximidad de su completa ruina.)
 MAR. Recordad que estoy aguardando vuestra respuesta. Como pareéis caballero, crería ofenderos, si os dijese, que la muerte segura de que acabo de libraros, está pendiente sobre vuestra cabeza; y una sola palabra de mis labios...
 FAR. No la pronunciéis, señora, no la pronunciéis!...
 Acepto!
 MAR. Ah!
 FAR. Acepto con reconocimiento tanta felicidad y... (Por supuesto, con la dote; mejor quiero hacer la

guerra por mi cuenta, que por la de los otros.)
 MAR. Bien... gracias, caballero! Haced dichosa á mi hija, y mi corazón perdonará tal vez al marido de Blanca, todo el mal que me ha causado el caballero de Faraon.
 FAR. Señora, me colmáis de... (Qué me ahorquen si entiendo una palabra!)
 MAR. A Dios, caballero; acabais de hacer á mi corazón dilacerado, el único bien que hoy puede experimentar. (á Juan que ha permanecido en el fondo.) Seguidme; tío, venid, y de hoy mas, sea sagrada la vida de este hombre! (vase con Juan.)

ESCENA V.

FARAON, BLAISE.

FAR. Casarme!... Diab!o!... Es un bellissimo sueño... un sucio hartito superior á todos los de mi ambición; pero... cómo ha de realizarse, si encuentro mil dificultades! Ahora, se opondrá Pontalés y... el mismo incógnito que guardo y que habia olvidado. Qué significará esto de ofrecerme su hija de buenas á primeras?... Por fuerza la medalla tiene algun fatal reverso!... Vamos, Faraon, amigo mio, no os atolondreis; usad de gran cachaza, y procurad apreciar á sangre fria la parte que debéis aceptar de las afortunadas casualidades que el destino os ofrece... Esto es... racionemos con sagacidad; y para comenzar, vamos en busca del marqués, y de ese otro trapisondista. Ah! Me habia olvidado de... Blaise; Blaise! (llama.)
 BLAI. (obanza muy despacio.) Aquí estoy, señor!
 FAR. Estas ahí, picaro... infame! No te he dicho que debíamos ajustar una cuenta?...
 BLAI. Cuenta con vos, yo...
 FAR. Si, contigo; acércate.
 BLAI. Me acerco.
 FAR. Recuerdas que te prometí romperte las costillas, sino entregabas las cartas... (levanta la mano.)
 BLAI. Bien sabia yo que esas cartas iban á causar mi desgracia!
 FAR. Luego confiesas...
 BLAI. No me toqueis, señor, no me toqueis; yo hablaré.
 FAR. Picaro!
 BLAI. Decid cuantas atrocidades os agraden, pero las manos quietas!... Ved lo que ha pasado. Sabeis que Renato de Penhoel es celoso como él solo, y que tiene el puño muy duro... No ignorais que el viejo de las almadrénas sacude que es un pasmo!...
 FAR. Sigue.
 BLAI. Pues yo decia, Blaise, estas cartitas te van á proporcionar algun bocado, que no podrás digerir tan facilmente. Ya sabeis que la prudencia es el fuerte de todos mis paisanos...
 FAR. Siempre cobarde!
 BLAI. Yo no soy caballero; y como vuestras cartas me abrasaban los dedos, llegaba al pabellon del jardín, y las colocabo en el canastillo de la costura, que está sobre el velador en que hace labor la señora.
 FAR. Entonces, cómo el tío?...
 BLAI. Bien claro está; el viejo se conoce que acechaba tambien; me dejaba salir, y cargaba con la carta. Ya veis, señor, que yo no tengo la culpa, y que debéis perdonarme.
 FAR. No solamente te perdono, sino que te ofrezco una buena gratificación.
 BLAI. Qué decis?
 FAR. Basta que sepas, que tu mala maña me ha sido muy favorable.
 BLAI. Cómo ha sido eso?...

FAR. Sois muy curioso, maese Blaise; y la curiosidad es un vicio del cual debéis corregiros!... Anda á esperarme en el palacio.

BLAI. Os vais solo, señor?

FAR. Voy á donde me acomoda, y te prohibo que me sigas. Vê á esperarme á la barca de Haligan. Allí tienen pescados en el río, y muiluda yerba en el bosque; cunqe pesca ó duerme, segun mejor te agrade. (se retira por la derecha.)

BLAI. Entonces... dormiré. (vase izquierda = *Apenas han salido, aparecen Blanca y Diana con el traje de las bellas de la noche ya descrito, y se acercan con recelo á la escena.*)

ESCENA VI.

BLANCA y DIANA, por el fondo, entre las ruinas.

BLAN. Detengámonos un momento; estoy cansada, y tengo miedo.

DIA. Este es el lugar de la cita, y á nadie hemos visto. Dios mio, si no habremos venido á tiempo?

BLAN. Creo que ahora me explicarás...

DIA. Ten un poco de paciencia, como no tardarás en saberlo... (escuchando.) Me parece... sí... siento pasos... se acercan hacia aquí.

BLAN. Dios mio, si no ven!...

DIA. Si nos encuentra algun aldeano, nos creará fantasmas, y se arrodillará haciendo la señal de la cruz. Ven, ocultémonos entre estas ruinas. (se ocultan en el fondo.)

ESCENA VII.

Dichas, ocultas; LEIVEN, PONTALES y FARON por la derecha.

PON. Empezábamos á creer, que nos ibais á hacer esperar demasiado, caballero.

FAR. Es que cuando me dejó libre Marta, comencé á reflexionar, mientras iba en busca vuestra, señor marqués.

PON. De veras!

FAR. Sois que estamos desempeñando un villano oficio, señores?

PON. Cómo?

LEI. Por qué?

FAR. Introducirnos en el seno de una familia honrada, para arruinarla, para colocar bajo sus pies una horrosa mina...

PON. Grandpié, os habeis vuelto loco?

FAR. Al contrario, creo que empiezo á tener juicio! He comenzado á arrepentirme, y tengo intenciones de...

PON. Hacernos traidor? No es eso?

FAR. Tal como lo decís! Estoy como el pájaro en la rama... Si vuelvo, o no vuelvo.

PON. Pues... cuidado!

LEI. Dejadle, se está chanceando; ó tal vez querrá pedirnos dos ó tres cientos luises.

FAR. No estarían de mas en este momento, porque estoy pobre; pero... no estoy en ánimo de mudar de opinion.

PON. Con que tal ha sido el resultado de la famosa entrevista con esa señora?

FAR. Sin duda... y voy á haceros juez; si continuo combatiendo en vuestro favor, hago cuenta que combato contra mis intereses, y esto sería una estupidez; no es así?

LEI. Recordad, que lo contrario, pudiera seros peligroso!

FAR. Bah!

PON. (á Leivén.) Los reflexiones del caballero Grand-

pié le hacen olvidar la calle de Venecia, y...

FAR. Qué disparate! Sé perfectamente que tengo la cuerda al cuello, mis amados señores; pero no ignoro que vosotros no sois los destinados para apretar el nudo!

PON. Vamos, veo que os chanceáis!

FAR. Nada de eso; sino que antes de casarse, es bueno consultar á los amigos.

PON. Casaros!

FAR. Sí; piensu establecerme; se me presenta un buen partido; una joven linda, noble, hijúnica, y cuya dote está muy asediada, pero que puede defenderse.

PON. Esta joven, es Blanca de Penhoel?

FAR. La misma.

PON. Jamas os concederán su mano.

FAR. Os engañáis; me la ofrecen voluntariamente.

PON. Si madre?

FAR. Y con la mayor galantería; en términos tan relevantes, que mi modestia no consiente os lo manifieste.

PON. Estan arruinados!

FAR. Bien sabéis que no; y si me coloco de su parte, la suerte cambiará. Ahora, decidme, maese Leivén, qué diriais en tales circunstancias?

LEI. Pardiéz! Diria que se encontrarían nul medios, sin salir de la legalidad...

PON. Silencio, caballero!

FAR. Decid.

PON. Aunque picaro, aun sois un tanto delicado.

FAR. Muchísimo!

PON. Ahora, á mi vez os pregunto; qué diriais de un joven, que recibiese como honrada, á Eva con su preado?...

FAR. Eso no puede ser, marqués!... Blanca es un ángel!

PON. Y qué diriais de un ángel, que pierde el sentido, en medio de un baile, (Blanca y Diana escuchan.) cae en los brazos de sus amigas, las cuales unas se avergüezan, y otras sonrien maliciosamente?

FAR. Yo no lo he visto...

LEI. Habeis perdido el... Vamos, sois digno de lástima!

PON. Qué direis de una madre que corre en busca del que halla mas á mano, para decirle: queréis casaros con mi hija? Ah! la tenéis, tomadla pronto, volvedla el honor! (Blanca di un grito desgarrador; todos se vuelven y Diana se lanza hacia ellos.)

ESCENA VIII.

Dichas, DIANA, y BLANCA

DIA. Y yo os diré, marqués de Pontalés, que sois un embustero, un infame!

PON. Señorita!...

BLAN. (avanza vacilando detrás de su prima, y cae de rodillas ante Pontalés.) Os pido que tengais piedad de mi; piedad en nombre de Dios! Porque solo vos podeis salvarme!

PON. (con frialdad.) Señorita!...

DIA. Qué haceis? (á Blanca.)

BLAN. Déjame, Diana; acabo de comprender... La luz ha esclarecido mi razon, y conozco ahora por qué llora mi madre, y me oculta sus amargas lágrimas...

DIA. Blanca!...

BLAN. Déjame! Estoy deshonrada.... ellos lo han dicho; virgen Santísima, cuánto sufro! Han dicho tambien, que pueden devolver el honor á esta pobre desgraciada; pues bien, heme á vuestros pies, caballero,

(*tendiendo las manos hácia el marqués.*) Os ruego, os suplico....

PON. Señorita, no os comprendo!

FAR. (Diablo!)

BLAN. Tened compasión de mí; si me rechazais, la muerte es mi único recurso... Ruego vuestro hijo, á quien hubiese confiado mi vida, y cuanto de sagrado tengo en el mundo, me ha engañado.... Caballero, vos sois su padre, y si quereis podrá vivir, podrá abrazar aun á mi querida madre! (*se arroja.*)

PON. Levantaos, señorita!

BLAN. Piedad! (*arrojándose á sus pies.*)

PON. Rogerio es menor de edad; luego, vuestras dos familias son enemigas, y.... Jamás dará su mano á la hija de Penhoel!

BLAN. (*desolada.*) Ah!

DIA. La asesináis, caballero!

PON. ¿c.e es muy sensible, señorita, no poder contestar de otro modo.

DIA. Rehusáis?

PON. Con harto sentimiento!

DIA. Y vosotros, nada decís? (*á Leivén y á Faraon.*) No se revela vuestro corazón contra tan baja y vergonzosa hipocresía? Levantaos, Blanca! Yo no suplico; porque con semejantes hombres, la amenaza debe ocupar el puesto de los ruegos!

PON. (*sonríe.*) Amenazas!

DIA. Reios en buen hora, sois tres contra dos niñas, pero tengo corazón, lo entendéis?... Y vosotros, sois unos malvados despreciables! Oh! La amenaza no sera en vano!... Heis hecho los tres á Penhoel una guerra pérfida y subterránea; pero yo, lo entendéis, os atacaré en su día, y sabré confundros!

PON. (*con burla.*) Diantre!

DIA. A todos tres, lo entendéis! Vos, caballero de Faraon, que os introducis en el seno de las familias, como un azote mortal; que recompensais los beneficios con la ruina, cambiareis ese nombre, por otro que os daré, y que péne: rara mis aguija en vuestro corazón, que los filos de una espada. Ese nombre sabré arrojárselo al rostro, porque no os temo, caballero de Grandpié!

FAR. Ah!

DIA. Vos, señor Leivén, que poseéis en estos contornos la confianza de cien familias, que lares en el lugar que os corresponde; porque yo referiré cual ha sido vuestra conducta en estos momentos; manifestaré lo que valen vuestros consejos, y los medios de que os servís para arruinar, legalmente, á los que son bastante ciegos, para entregarse en vuestras maldad manas, sin aperechirse de vuestras intrigas de baja ley.

LEI. Señorita!

DIA. Marqués de Pontalés, poderoso señor, de vos diré, señalándoos con el dedo, he ahí el cómplice del asesino que perpetró un crimen en la calle de Venecia; he ahí el cómplice del letrado prevaricador, el jefe de esa liga infame; no atreviéndose á atacar frente á frente al noble Penhoel, ha llenado su mansion, antes tranquila, de labreros y asesinos! Ese es el marqués de Pontalés... miradle bien; ha pasado todos los límites de la perfidia; es mas vil, que el mas infame homicida; ha robado al padre, deshonrado á la hija! Oh! Miradle! Es el vil de los viles, el malvado sin corazón, el asesino que mata sin piedad.... Miradle, yo le marco en la frente, con el sello de su vergonzosa infamia; yó, una muger, que tiene corazón para arrojárselo al rostro todo el peso de su desprecio!

BLAN. Diana!... Diana!

PON. Señorita, me habéis insultado! Os juro que no re-

petiréis mas vuestros insultos!

DIA. Les repete mil veces, y ante todo el mundo!

PON. El día en que los repetais, deshonrais al hombre que os ha servido de padre.

DIA. A Penhoel!

PON. *sacando una cartera.* Conoceis este escrito? (*se acerca á una de las antorchas.*)

BLAN. Es de mi padre!... *véndole.*)

PON. Renato le ha firmado, usando el nombre de su hermano Luis, que está ausente. Ó ha muerto; luego este escrito, es un documento falso!

DIA. Falso!

PON. Dudaba servirme de él, pero...

DIA. (*con terror.*) No continuéis, caballero; olvidad lo que he dicho; olvidad mis amenazas; no perdais á su padre, á mi bienhechor!

BLAN. Imposible sobrevivir á este último golpe.... A Dios, á Dios!

DIA. Lo oís?... (*sale Blanca.*) Morirá, y yo moriré con ella! (*á los tres.*) Carga sobre vosotros nuestra muerte! (*sale.*)

ESCENA IX.

LEIVÉN, PONTALÉS, FARAON.

LEI. (*queriendo detenerlas.*) Deteneos!

PON. Qué hacéis, caballero? (*queriendo contenerle.*)

FAR. Qué hago! Quereis tenga corazón para dejar que perezcan esas jóvenes?

PON. No, yo no quiero su muerte; solo quiero que no os deban la vida.... (*á Leivén.*) Leivén, procurad salvarlas, aun cuando temo que llegéis demasiado tarde.

LEI. Y si llego....

PON. (*con un signo de inteligencia.*) Haced lo que podais. (*á Faraon.*) Venid, caballero; seguidme!

FIN DEL CUADRO CUARTO.

CUADRO QUINTO.

La decoracion del segundo acto.

ESCENA PRIMERA.

IVON, GEROLD, JUAN, *criados, aldeanos y aldeanos.*

JUAN. (*á Gerold.*) Sois vos, amigo mio? Qué noticias traéis?

GER. Ya no queda esperanza! Nada se ha encontrado.

JUAN. Nada! (*cae sobre una silla. La puerta del fondo se entreabre, y aparece Ivon, que, por un movimiento de cabeza, pregunta si puede entrar. Gerold le hace señal para que haga pasar á los jóvenes y aldeanos.*)

IVON. Todo lo hemos registrado, no es cierto?

TODOS. Todo!

GER. (*á Juan.*) Desde la barca, hasta el otro extremo del lago, se ha colocado la sonda de tres en tres pasos, y nada! Es tan fuerte la corriente!

IVON. Eso es precisamente lo que me da esperanza.

JUAN. El qué?

IVON. El no haber encontrado nada. Quién sabe! Acaso no hayan muerto las señoritas.

JUAN. Habiéis visto que me falte nunca el valor y la confianza en Dios.

GER. Jamás!

JUAN. Pues mirad, el ánimo me falta hoy, porque creo que el cielo nos abandona.

GER. Oh!

JUAN. Un presentimiento del corazón, me dice que hoy es el último día de Penhoel.

GER. Señor, no habeis de eso modo!

JUAN. Hace poco regresaba de la iglesia, de rezar por las pobres jóvenes, cuando encontré a Leivén, acompañado de una tropa de agentes de justicia. Esa nube amenazó a Penhoel, y Renato pasa las noches en el juego; cuando se le concluye el dinero, juega sobre su palabra, y bien pronto esta mansion... mas qué importantes antiguas murallas! Los últimos vástagos de Penhoel, morirán donde paeudo! Renato y yo somos hombres, nuestras hijas no existen; pero lo que desgarró mi corazón, es pensar en Marta; la pobre madre, que no hace otra cosa que llorar, y que la van á arrojar de este santuario, en donde da culto á su inmenso dolor!

GER. Eso es imposible!

IVON. Sería una cosa abominable!

GER. Si la hubiesen visto como nosotros, durante esta larga noche de inútiles pesquissos, arrastrarse, casi de rodillas, sin poder caminar!... ¡Infames!... Andábamos recorriendo las orillas del Lago; de ese sepulcro, que tal vez oculta á nuestras amadas señoritas!... Las jóvenes recitaban en alta voz sus plegarias á la virgen Maria; porque eran tan buenas! La noche estaba fria; por todas partes, entre las espesas tinieblas, se veían cruzar infinitas antorchas; se oían mil gritos de trecho en trecho, y cada vez que comenzábamos a alimentar alguna esperanza, el eco repetía á lo lejos; nada! nada!

JUAN. Estan muertas, os lo aseguro!... Cuando tan dolorosas palabras llegaron hasta nosotros, senti que el brazo de Marta se enervaba sobre el mio; oi una respiracion anhelosa; semejante al horrible estertor, que desgarraba su afligido pecho... cada vez que alentaba, recibia una puñalada en su tan martirizado corazón, y ya ni aun llorar podia. Entonces se aproximaron con antorchas varios aldeanos, y pude observarla; estaban sus cabellos empapados en un sudor frio; flotaban sin orden sobre su espalda, y los ojos exhalaban un resplandor horrible, que hacian un terrible contraste sobre su rostro livido y desencajado. Levantó despues la vista, y me preguntó: «¿Quién sois?»... A mí! Al mejor amigo de su infancia! A mí, que soy su padre, por el amor y el afecto mas desinteresado!...

GER. Dios mio, Dios mio!

JUAN. Quiso rezar, y sus palabras eran cortadas por mil angustiosos sollozos!... Cuando llegaron los primeros alhores de la aurora, vimos... (*dirigiéndose á todos.*) vimos dos formas blancas, que se deslizaban entre el ramaje de los sauces; eran las pobres bellas de la noche!

Todos. Las bellas de la noche!

JUAN. Dos ángeles, cuyo vuelo indeciso se rozaba aun con la tierra, antes de elevarse al cielo!... (*las jóvenes se arrojan al lado de la puerta del cuarto en que está Marta.*) Gerold, si ilegase el caso de que Penhoel se encontrase sin asilo, podría contar con la hospitalidad de su antiguo criado?

GER. Con mi casa! Yo y todos los míos somos de Penhoel, de los pies á la cabeza!

JUAN. Gracias por Marta, amigo mio; gracias por mi.

ESCENA II.

Dichos, despues RENATO, MARTA, HALIGAN, IVON, y despues LEIVÉN y agentes de justicia.

REN. (*entrando.*) Dicen que ha llegado al castillo gente desconocida?... En la desgracia como en la prosperi-

dad, siempre está abierta mi casa; que los hagan pasar!

MAR. (*á Renato.*) Me habeis llamado?

REN. Señora, llegan huéspedes á quienes es preciso recibir. (*entra Leivén con su séquito.*)

JUAN. (*Ya viene el mensajero de la desgracia!*)

REN. Maese Leivén, qué significa ese aparato?

LEI. Una simple formalidad, querido caballero; nuestro triste ministerio nos impone á veces unos deberes...

JUAN. (*Qué os decía yo?*) (*á Gerold.*)

LEI. Podeis cenar con todo descanso, si os place. Señor Talion, quereis darme la copia del acta de venta y retroventa del castillo de Penhoel, á cuya formal lectura procederemos?

REN. Os dispenso la lectura.

LEI. Como gasteis, (*á uno.*) Escribid que la lectura ha sido ofrecida en la forma prevenida, y desestimada.

REN. Puedo saber...

LEI. Estais en vuestro derecho; y no obstante que me veo obligado á desempeñar tan rigoroso deber, creed que soy todo vuestro.

JUAN. (*Viejo infame!*)

REN. Adelante!

LEI. Este procedimiento tiene por objeto, el embargar preventivamente vuestra morada, para en el caso, imposible sin duda! de que no pudieseis mañana, á la hora del medio día, hacer efectiva la cantidad á que asciende el acta en cuestion, y...

REN. Qué sucedería en ese caso?

LEI. (*tomando otro papel.*) Os ruego ereais que todo está en regla... A consecuencia de competente reclamacion del alto y poderoso señor Hilario Miximo Harecoat, marqués de Pontalés, caballero de las órdenes del rey, etc., etc., etc.

IVON. Etcétera!

LEI. En ese caso, mediante el requerimiento ya hecho, me veré en la dura necesidad de haceros desalojar en el plazo indicado, y apoyándome en los artículos... (*despues de vacilar, dice á un uqier.*) Maese Leretré, dadme la edicion portátil de las leyes de Bretaña. (*le dá un gigantesco in-folio, que comienza á hojear.*)

REN. No leais, os lo suplico.

LEI. Como gusteis.

REN. Y es eso todo?

LEI. To-lo, querido caballero; creo que he empleado, al ogerer os mis funciones, toda la amenidad...

REN. Salud! (*va á salir Leivén y agentes.*)

GER. Un momento! De aquí á mañana hay tiempo de hacer muchas cosas; á cuanto asciende la suma?...

LEI. A doscientas mil libras de capital; en cuanto á las monedas...

GER. (*desanimado.*) Duscientas mil libras!

REN. Gracias, Gerold. (*á Leivén.*) Salud os digo!

LEI. No esperaba por cierto... pero estais en vuestra casa... Hasta mañana al medio día!

JUAN. (*Miserable!*)

LEI. (*desentendiéndose.*) Hasta la vista! Venid, señores. (*los que le acompañan saludan y salen con él.*)

REN. Juan, llevaos á Marta; dejádmela, amigos míos, quiero estar solo. Gerold, está aun en el castillo el caballero?

GER. Si, señor; pero se prepara para marchar.

REN. Dile que venga; hazme este último obsequio.

GER. Seréis obedecido; aquí viene!

REN. (*á un criado.*) Trae aguardiente! (*salen todos.*)

ESCENA III.

FARON, RENATO.

FAR. Me llamabais? Ya venia á daros mi despedida;

cuanto aqui sucede, es por cierto tan desagradable!

REN. Os parece así, caballero?

FAB. Sin duda! Me es muy poco grato, ver á un hombre arruinado!

REN. Arruinado por vos, caballero!

FAB. Por mí! Lo decis acaso por algunas partidas que os he ganado? Tambien yo he perdido.

REN. Cuando pisasteis esta casa, mi familia era feliz!

FAB. No es eso lo que en este país se dice!

REN. (á un criado que entra con un frasco y vasos.) Pongo sobre la mesa, y vete.... Os serviré, caballero. (escaneando.)

FAB. Gracias; no hebo mas que champagne! Os confieso que al comenzar una entrevista, que puede ser muy seria para los dos, me agrada poco ver á vuestro lado un frasco de ese licor.

REN. (bebiendo.) Estad tranquilo; no tengais miedo!

FAB. (rie.) Miedo? Precisamente es una enfermedad que jamás he conocido; por qué habia de tener miedo?

REN. Qué sé yo!... He visto tantos pobres campesinos, asaltados, despojados, asesinados y aun deshonrados por los caballeros; y luego que aquellos, de un solo golpe se han cobrado cuantas deudas tenia con ellos el infame que los habia perdido!...

FAB. Bista! Sois desgraciado, y las almas grandes como la mia, perdonan a la desgracia!

REN. Os felicito! (con sarcasmo.) Sois un alma noble, y sin duda vuestra nobleza es la que os ha obligado á haceros criado de un pilla!... De un alto y poderoso señor, como le llaman; de Pontalés, cuyo padre vendia sidra á la puerta de la Iglesia.... Cuanto os ha pagado porque me arruinéis, caballero?

FAB. Señor de Penhoel, no hemos ajustado las cuentas!

REN. (bebe.) Y si arreglásemos ahora las nuestras?

FAB. Jamás olvidaré que tengo al lado una espada; pero tambien recuerdo, que me habeis salvado la vida.

REN. (con sarcasmo.) Os acordais de eso?

FAB. Sin duda

REN. Cada vez que voy á abrir la boca para llamaros infame y miserable, mi rabia se convierte en risa! Se me figura, que los insultos os cosa demasiado honrosa para un hulon de vuestra especie!

FAB. De suerte, que si me llamais infame y miserable, esto solo basta....

REN. La evidencia es la que habla y me dice: «Este hombre ha venido á tu casa, para despojarte y para arrebatarte tu honor; pero no se castiga con la espada á los escameoteado es de naipes, á los truanes!» En cuanto á ese romance burlesco que me ha referido mi tio, respecto del señor de Faraon, que pretendia que mi muger le amase... ah! ah! ah! (rie.) El señor de Faraon... el caballero... el licayo disfrazado de marqués!... No, esto ya traspasa los limites; y lo que yo buenamente creo es, que el señor de Faraon se habra contentado con decir cuatro flores á mi cocinera!

FAB. Os burlais?

REN. Canalla! Estás loco? Vengarme yo de tí?... Asco dái pensar! Fuera de aqui! Fuera!

FAB. (con ira reconcentrado.) Jugais perfectamente vuestra última partida, caballero! A fé mia, esperaba que tuvieses al lado personas que os acompañasen en vuestra risa! Por fortuna estamos solos, y segun mi modo de ver, los testigos son los que hacen el insulto; el ultrage que ninguno escucha, es lan solo un poco de ruido, y nada mas! Dios me libre de contestar á

lo que habeis dicho de vuestra esposa; tiene los ojos mas hermosos que vi en mi vida.... Lástima que floren tanto.... á una hija muerta, y.... sobre todo, muerta muy á tiempo!

REN. Qué queréis decir?

FAB. Nada, que no sepais tan bien como yo; pero esto no me incumbe; lo que unicamente debo deciros es, que habeis demasiado alto, respecto á vuestro honor como marido.

REN. Infame!

FAB. (ganando la puerta.) Hay posiciones, que exigen mas modestia de parte del que las ocupa; cuando éramos amigos, vi en vuestro gabinete, y recorri con la vista cierta carta.... (Renato lleva su mano crispada hácia el pecho.) La tenéis ahí? Pues bien, repasadla, meditada bien, y acordaos de vuestro hermano, que volvió á este país, y que es muy buen mozo, segun dicen....

REN. Miserable!

FAB. (saliendo.) Buenas noches, vizeconde; no os conservo recuerdo.... Recitad mi á Dios, y.... Ya me echaréis de menos; soy buen compañero, á fé mia, y sobre todo, buen jugador.... A Dios! (sale.)

ESCENA IV.

RENATO.

Infame!... (cae sobre una silla.) Ha leído la carta! El misterio de mis febriles insomnios, el terrible secreto que yo creia sepultado en mi corazon! Y este hombre lo posee! Mañana todo el país le conocerá, y.... yo quisiera ocultarle á precio de mi sangre!... La carta! (saca una cartera y la coloca sobre la mesa.) Cuantas veces la he leído, con abrasadoras lágrimas en los ojos, y la ira en el corazon! Oh! Este es mi último día, pero aun puedo dar el condigno castigo! (llama; á un criado.) Decid á la señora, que venga al instante! Hoy será el fin de una raza, que fué grande, Dios mio! y que vos amiquilais entre el deshonor y la desgracia!

ESCENA V.

RENATO, MARTA.

MAR. (entra lentamente.) Qué queréis, Renato? (el rostro de Marta estava cadavérico.)

REN. (affectando serenidad.) Quiero hablaros, señora, y gozar de vuestra compañía, durante las pocas horas que nos permiten pasar bajo el techo de mis padres.

MAR. Bien triste es la compañía de una madre que llora!

REN. (Ah! lo habia olvidado.... Si ser ia mi hija!) (alto.) La joven era muy bella, es cierto; como se le parecia.... no es verdad? (acentuando estas palabras.)

MAR. A quién?

REN. (bebe.) A él!... Por qué he de decir su nombre, cuando le conservais en el corazon!

MAR. No os comprendo!

REN. Faltais á la verdad, señora; y estais mirando con cierta compasion mi vaso lleno, y el frasco medio vacio; pero.... mi razon está tan serena como conviene á un juez; guardad para vos misma esa piedad; desmorir contento!

MAR. Morir!

REN. (abriendo la cartera y enseñando la carta.) Conocéis esta letra?

MAR. Esa letra, es la de Luis!...

REN. (con sarcasmo.) Luis! Qué armonioso es ese nombre en vuestros labios!

MAR. Si hubiese estado cerca de nosotros, no hubiera muerto mi hija!

REN. Lo hubiese evitado, no es eso? Vuestra hija!... Vuestra hija, que no lo era mía, señora!

MAR. Oh!

REN. La hora ha sonado y... la justicia, algunas veces, es demasiado lenta!... Cómo amaba á aquella niña, no es verdad?... Y yo que la quería tanto, y la miraba con los ojos de un padre!

MAR. Renato, ahora que mi pobre hijo es un ángel en el cielo, os juro!...

REN. No jureis, señora!

MAR. Por mi eterna salud!...

REN. Silencio!... Nuestros mayores nos escuchan! Hace largo tiempo que esta carta abrasa mi pecho, y que es vuestra sentencia y condenación! La recibí algunos meses después de nuestra unión, y no quise enseñarosla, señora; no obstante aun tenemos tiempo, y quiero que la oigais. Escuchad; esta fué la herida que dió principio á mi interminable suplicio... Entonces... (con dolor.) Cuánto os amaba! (lee.) «Hermano mío; estoy lejos de vosotros y de mi patria querida, y en mi soledad es preciso que de alguna espasmos á mi alma... Cuánto sufro! Oh! es preciso que te revele un secreto, á ti, que eres mi mejor amigo, mi hermano! A todas horas veo franqueada la distancia que nos separa; llego al castillo y os veo á todos. Los blancos y venerables cabellos de nuestro amado padre; mi madre que acude al oír mi voz, y Marta, con sus grandes y hermosos ojos, vacilando entre el llanto y la sonrisa...»

MAR. Pobre Luis! (llorando.)

REN. (con ira.) Tomad el papel, señora, y besad una letra tan querida!

MAR. (con orgullo.) Renato, cuando está condenada, como vos decís, y me veáis muerta á vuestros pies, si no llorais mi muerte, llorareis al menos los ultrajes que me habeis...!

REN. Quién os habla de morir? Cómo preve la conciencia del culpable, al comparecerante su juez! Pero, escuchad!... En dónde estábamos? Ah! En vuestros ojos! Continúa. «Tengo veinte y dos años, y acaso mi vida será bien larga... Hermano mío, te lo digo con lágrimas, no había calculado mis fuerzas, cuando cumplí mi sacrificio.» (interrompiéndose.) Llorais, señora? No deciais que ya no teniais lágrimas?... Escuchad, escuchad aun... La amaba, Renato, la amaba, la amo aun, y... la amaré siempre! (con violencia.) Llorad mas en silencio, señora... No habeis llorado tanto á vuestra hija!

MAR. Dios os perdone, Renato!

REN. Esta carta... (arroyándola con furor.) Pero á qué la leo, cuando la tengo grabada en mi corazón! En ella me decia, que no volvería mas, porque tenia miedo de sí mismo, y vos sabeis que esto es una mentira, una infame mentira, porque vino para hacer traición á su hermano...!

MAR. Gran Dios, que mi agonía no sea vengada!

REN. Vengada! Y por quién?... Por él! Oh! Que venga, que venga!... Si viviera, lo olvidaba todo, miseria, vergüenza y... sería dichoso, porque me haría justicia!

MAR. Blanca, mi pobre ángel, ruega á la Virgen por tu padre?

REN. Por él, no es así?... Por su padre!...

MAR. Por vos, Renato, por vos, que blasfemais en medio de vuestro delirio... Por vos, que arrojais la vergüenza y la infamia sobre el sepulcro de esa pobre niña!... He probado á escucharos, y mis ideas estaban en otra

parte; porque vuestros golpes se estrellan sobre un cuerpo inerte; y aun me amenazais! Renato, estáis loco! Me amenazais con la muerte, cuando es tan deseada por mí! Con la muerte, que me devolverá á mi hija! Renato, ha sido preciso todo mi desinterés por vos, todo mi cariño de esposa, toda mi fe cristiana, para no haberos dicho: herid, herid, os lo suplico; herid, y me hareis dichoso?

REN. Por qué le creéis muerto?

MAR. He hablado, señores! los impulsos de mi conciencia, pero... me llamo Marta de Penhoel y no os con- testaré mas.

REN. Tenéis razón; no contestando, tampoco faltará á la verdad! Vuestra causa está juzgada. Marta, vais á morir... Decid vuestra última oración, y arrodillaos... (Renato se dirige á una poponía y toma una espada; Marta, magistralmente se arrodilla, y eleva sus ojos y manos al cielo.) La espada de mi padre!... También voy á dirigir al cielo mi plegaria!... (en este momento se abre lentamente la puerta y aparece Juan. Renato se santigua y se dirige hacia Marta.) Ella, primero... después, yo... (Juan desarmará su espada, y cuando Renato llega á donde está Marta, encuentra á Juan delante de ella, puesto en guardia.)

ESCENA VI.

Dichos, JUAN.

MAR. (viendo á Juan.) Ah!

REN. Vos, tio!... Retirate, anciano! Demasiado conoces que esta muger es culpable!

JUAN. Solo sé que esta muger es una santa; no me voy!

REN. Vete; si no, mallízate el cielo!

JUAN. No.

REN. Aun soy el amo, y aun cuando sea por pocas horas, mando y quiero hacer justicia.

JUAN. Soy un pobre hombre, es cierto, pero quiero impedir un crimen!

REN. Pues échate á ti propio la culpa! (tira una estocada: Juan para el golpe y desarma á Renato.)

MAR. Tio, tened piedad de él!

REN. Mi espada, mi espada! (al querer recoger su espada, cae; Marta se lanza hácia él y Juan permanece apoyado en su espada. Renato se levanta, despacio, pasa una mano por su rostro, y Marta, después de haberle ayudado á levantar, se aleja.) Qué ha pasado aquí?... Qué triste estais, Marta! (todo con debilidad y voz estraviada.) Juan, tenéis la espada en la mano! (cogiéndose la cabeza con las manos.) Ah! He tenido un sueño horrible... sí... lo recuerdo. (corre á Marta.) He querido matarte, no es cierto? (Marta duda.) Dime la verdad!

MAR. Un momento de delirio!... Sois tan desgraciado, Penhoel!

REN. He querido matarla, Dios mío! Al ángel que vela sobre mí; al ángel que se ha colocado mil veces entre elabismo y yo!...

MAR. Os he perdonado, Penhoel!

REN. No... vuestros labios lo dicen, pero...!

MAR. Renato, que poco conoces mi corazón!

REN. Ah! Soy muy digno de lastima! (llora convulsivamente.) Escucha, Juan; mi amigo... mi padre! La amo, como jamás fué amada otra muger! Pero... estoy loco! Sí, loco, y... maldito! Ya lo ves; tener que pronunciar estas palabras, es peor que morir!... Pero es preciso!... Mi cabeza se estravia á cada instante, y... no quiero verla sufrir!...

MAR. No habéis así, Renato!

REN. Eres una santa! Oh!... Si hubiese llegado á creer que me amabas!... (con pasión.) Marta, pobre amor mio... déjame besar tus manos de rodillas! (se levanta.) Ahora, Juan de Penhoel, llévate la de aquí!

JUAN. Llevarla!

REN. Aun tiene un asilo en la mansion de Gerold; anda, llévate!...

MAR. Y he de dejarte así?

JUAN. Y tú, Renato?

REN. Yo?... No merezco mas que el abandono... Solo sé besar mis migres!... Marta, viva ó muera, te digo á Dios para siempre! Porque soy la causa de tu desgracia, y quiero que seas dichosa! A Dios! (sale llorando: Marta cae en los brazos de Juan.)

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SESTO.

POSADA DE GEROLD.

Dormitorio.—Alcoba en la segunda pieza, con una cama.—Ventana á un lado.—Puertas laterales á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

GEROLD, IVON, *después criados.*

GER. Aquí, Escolástica... Veni, Toneta... Arreglado todo cuanto antes, y preparad la habitación mejor de la casa... Pontalés me daría un Luis diario por ella, pero ni por mil se la daría.

IVON. Sois un buen amigo, maese Gerold.

GER. En mi lugar, tú harías lo propio, Ivon.

IVON. Ya!... Eso consiste, en que tampoco soy desagrado de lo que me han dado.

GER. Y sobre todo, un buen muchacho. Quién viene?

IVON. (fuera.) Posadero! Estais todos sordos?

GER. Es el genio del mal.

IVON. El célebre Faraon? Al diablo lo doy todo, si hay lugar para ese picaro en mi casa.

IVON. Amen.

FAR. (entrando.) Buenas noches, maese Gerold.

ESCENA II.

Los precedentes, FARAON.

GER. (con sequedad.) Buenas noches.

FAR. Un cuarto, un pollo bien asado, y un frasco del mejor vino.

GER. Mis cuartos están ocupados; mis pollos se han escapado, y no queda vino en mi bodega.

IVON. (Tómate esa!)

FAR. Sabéis, maese Gerold, que vuestra respuesta tiene toda la traza de una negativa?

GER. Tal como lo habéis pensado, señor caballero.

FAR. No queréis que me aloje en vuestra casa?

GER. No tenéis una cama y un cubierto en el castillo, y mucho mas ahora que Pontalés es el dueño?

FAR. Estais muy equivocado, buen Gerold: me ha engañado ese bellitre de Pontalés; y abandono este país.

IVON. Tanto mejor!

FAR. Cómo! Has dicho...

IVON. He dicho, que tanto mejor!

FAR. (Admiro la desvergüenza de ese titere! No parece sino que todos se han dado de ojo para desagradarme; hasta ese picaro Blaise, me ha dejado plantado!... En fin, olvidemos esto!) Maese Gerold, me instalo en vuestra casa, y este cuarto me agrada; mucho mas, que

en aquel estey viendo una excelente cama; lo dicho, me quedo! (se sienta.)

GER. Caballero!

IVON. (Estoy por darle una cabezada en la boca del estómago!) (baja la cabeza como si fuera á enestir.)

GER. Caballero... Cuidado! Este cuarto está destinado para Marta de Penhoel, y os juro que no la echaréis de aquí, como la habéis arrojado de su castillo...

FAR. Va á venir esa señora?

GER. Gracias á vuestros amigos, no la queda otro asilo que mi pobre casa.

FAR. Oh! Entonces la cuestión muda de aspecto... Esa señora aquí! No quiera Dios que yo la incomode; la cedo el puesto, maese Gerold; presentadla mis excusas, mi sentimiento por su desgracia, y mi despedida. (hace un movimiento para salir.)

GER. No sé si habláis con sinceridad, pero esa palabra me desagrada!... Quedaos en mi casa, si os conviene, haré asar un pollo y os daré un frasco de vino.

FAR. En buen hora! Ven que os vais civilizand, maese Gerold! Hasta despues. (sale examinando el cuarto con una atención marcada.) (Va á acostarse aquí...)

GER. Vaya, caballero, seguidme.

FAR. Soy con vos!

ESCENA III.

IVON; solo un momento, despues MARTA, JUAN Y GEROLD.

IVON. Qué habrá estado observando ese pilla de caballero!... A pesar de sus buenas palabras, no me pasa de los dientes á dentro... (mira por la ventana.) no me engano... allí viene la señora con su tío! Qué desmejorada está! Me parece que el tal caballero... Pero señor, por qué ha de ser pecador el aplastar la cabeza á un tuno? Ya vienen... Por aquí... Entrad, mi buena señora... Buenas noches, señor Juan... voy á avisar á maese Gerold, (llama.) Maese Gerold!

GER. (entrando.) Aquí estoy...

IVON. Puesto que de nada puedo servir, me retiro... Buena noche, mi pobre señora! (sale.)

JUAN. (hace sentar á Marta, y se dirige á Gerold.)

Desde el castillo hasta aquí, no ha pronunciado una sola palabra.

GER. Y nada puede decirse que la consuele!

JUAN. Es cierto; nada!

GER. Señora, aquí no estareis tan bien como en Penhoel; pero si la casa del pobre Gerold no equivale al castillo, encontrareis al menos cerca de vos, un fiel criado que está pronto á dar por vos su vida. Queréis alguna cosa, señora?

JUAN. Reposo es lo que necesita, si la es posible descansar. Está su cuarto preparado? (Gerold indica que sí.)

Marta, queréis retiraros á vuestro cuarto, hija mía?

MAR. Sí, quisiera estar sola.

JUAN. (conduciéndola.) Solo con Dios, no es verdad? (Marta hace un signo afirmativo: Juan la deja en la alcoba y la besa la mano.)

ESCENA IV.

JUAN, GEROLD.

JUAN. Esto concluyó!... Jamás volverá en sí!

GER. Ah!

JUAN. Dime, mi buen amigo, has visto á Renato? Salió del castillo al caer la noche, solo, con la cabeza sobre el pecho y... dónde está? Lo sabes?

GER. Yo!... Ah! Si... hace un instante que le han visto junto á su castillo.

JUAN. Desgraciado!... Te confío á mi pobre Marta; vela

cerca de ella, mi buen Gerold; voy en busca de Renato. *(sale.)*

ESCENA V.

GEROLD, solo.

(escucha junto á las cortinas.) Que cuide de ella!... Va lo creo! *(escucha.)* Nada se siente.... sin duda descanza, la fatiga habrá venido á la pena. Dios mio! Devolvedla á su hija, aun cuando sea en sueños. *(ruido.)* Vaya, ahora se les antoja hacer ruido! No se callarán!... Voy á ver si les pongo en razon. *(sale con precipitacion; apenas ha salido, se abre silenciosamente la puerta; Faraon aparece.)*

ESCENA VI.

FARAON, solo; á poco BLAISE vestido de caballero. FARAON entra á tientas, se oye mas ruido.

Yá estoy aqui.... El tio se ha marchado; el posadero está ocupado en apaciguar una disputa.... El momento es propicio.... busquemos.... *(habla, andando siempre.)* No sé en donde toma Gerold su burdeles, pero... aqui están las cortinas. Al otro lado reposa la bella Marta, y mi corazon empieza á latir con violencia!... Vamos, calla, corazon, y.... déjme hablar. «Señora...» No oye!... «Señora...» Nada!... Señora, un hombre que os ama, que es os adora, y quisiera que perdonaseis sus yerros; un hombre, en fin, que... *(en tanto que habla, entra Blaise y escucha.)* Nada responde!... Pues bien, arriesguemos el todo por el todo!

BLAI. *(asiéndole con fuerza y haciéndole saltar á tres pasos.)* No se entra!

FAR. Quién es el audaz que se permite.... *(Blaise vá á abrir la ventana, un rayo de luna aclara la estancia.)*

BLAI. Yo!

FAR. Vive el cielo! Mi lacayo!

BLAI. Vuestro lacayo, no... vuestro amo! Estais á mi disposicion, caballero de Grandpré.

FAR. Mi nombre!... Ese cambio!... Quién sois?

BLAI. Qué os importa?

FAR. No obstante... *(con cólera.)*

BLAI. Nada de ruido; siento pasos en la escalera; si os encuentran aqui, os denuncian, y sois perdido...

FAR. Sea; ya nos encontraremos! *(se dirige hácia una puerta y luego hácia la otra.)*

BLAI. Ni por una, ni por la otra! *(estorbándole salir.)*

FAR. Acabemos! Quereis que me vaya, y me impedis que abra las puertas!

BLAI. No hay aqui mas que puertas?

FAR. No veo...

BLAI. Vos mismo os teneis mala voluntad; mirad bien.

FAR. No veo otra salida que por esa ventana.

BLAI. En vuestro obsequio la he abierto.

FAR. Quereis?...

BLAI. Que salteis por ella,

FAR. Saltar por la ventana!... Yo... el caballero de...

BLAI. Grandpré. A no ser que prefirais que os arreste la gente de esta posada, y os conduzean á la carcel, en la cual se instruirá un proceso infamante. Y si no os acomoda ni uno ni otro, queda un medio que, lo confieso, es el que mas cuadraría con mi odio, reducido á recibir un pistoletazo. *(amartilla un cachorrillo.)*

FAR. Esperad un momento!... Qué vivo sois, diantre!... Prefiero la ventana; no es la primera vez que... Dos palabras no mas; según veo, no sois lo que pareceis?

BLAI. No.

FAR. Hábéis usado de una disfraza?

BLAI. Si.

FAR. Y sin saberlo, he secundado vuestros designios!

BLAI. Tal vez.

FAR. Lo he adivinado! Adios y buena suerte. *(salta por la ventana.)*

ESCENA VIII.

BLAISE cierra la ventana; la puerta se abre, y entra RENATO, seguido de JUAN y GEROLD. El primero se lanza en la alcoba, el último trae una luz.

JUAN. *(á Gerold.)* Dices que se ha introducido un hombre en este cuarto?

GER. Si... ahí, allí! *(señalando donde se ha retirado Luis.)*

JUAN. *(mirando de cerca á Blaise.)* Cielos... Luis!

REN. Luis! *(volviendo.)*

GER. El caballero...

MAR. *(entreabriendo las cortinas.)* Luis!... Ah!

REN. *(con amargura.)* Hermano mio... *(mirando á Marta.)* Allí está! *(á Gerold.)* Salud!

GER. *(suplicando.)* Señor... *(Juan vá hácia Renato.)*

REN. Salud, os digo!

GER. *(Qué vá á pasar aqui, Dios mio!) (sale.)*

REN. *(á Marta.)* Dejados, señora.

MAR. Dios mio, apiadados de nosotros! *(desaparece.)*

REN. *(á Juan que vá hácia donde está oculta Marta.)* Quedaos, tio. Nuestra familia no debe extinguirse como la débil luz de un meteoro, que apenas brilló, se consume y muere... Nuestra familia debe acabar como un poderoso incendio, arrojando ese terrible resplandor que atemoriza á la comarca!

JUAN. Renato, en nombre del cielo; en nombre de tu padre...

REN. Mi padre era un caballero, y si viviese, aprobaria mi resolusion. Si temes presenciar esta escena, vete!

JUAN. Renato! En nombre de esa infeliz muger, que sufre y llora!...

REN. Que lo oiga; sea este su castigo en el mundo!

JUAN. *(á Luis.)* Dios ha herido la razon de tu hermano, ten piedad de él.

BLAI. *(vá hácia Renato y le tiende la mano.)* Hermano mio, he aqui mi mano.

REN. Luis, la rechazo, porque os odio, y os desprecio!

BLAI. Yo, Renato, os amo, y os compadezco!

REN. Me amas!... Ah! si no conservase toda la sangre fria necesaria para comprender que dos hermanos no pueden batirse el uno contra el otro, os mataria!

BLAI. Yo libraria tu vida, á riesgo de la mia.

REN. Siempre el mismo!... Bellas palabras en los labios y nada en el corazon!

BLAI. No creais que he cambiado tanto!

REN. Lugo en parte confiesas...

BLAI. Confieso que he sufrido mucho; confieso que he pasado largos dias de soledad, eternas noches de desesperacion, antes de llegar á ahogar en mi corazon, el amor que en otro tiempo sacrificié á tu felicidad!

REN. ¡Cállad! Ved, la sangre me parte las sienes!... Mi cabeza se abrasa con tales recuerdos!... Lois de Penhoel, sois el mayor de la familia; amabais á la muger que yo amaba, y... me la cedisteis, sacrificando á mi felicidad vuestro amor... al menos, así lo asegurasteis!... Pues bien, habéis mentido!

JUAN. Renato!

REN. Si, ha mentido! Su generosidad fué solamente orgullo, y su sacrificio un ardid para ocultar mejor una tracion, porque volvió á este pais... Si, volvisteis repetidas veces, en secreto, como lo haceis en este mismo momento. Y para qué volvisteis! Para engañar á vuestro hermano, para volver á encontraros al lado de

esa muger que me habiais cedido, que yo amaba, y que, á pesar mio, amo aun!... De esa muger, cuyo dolor es tan grande, que de él os pedirá Dios cuenta algun día! Ah! En este momento las lágrimas ahogan mi cólera!... Tío, mira cuán débil y cobarde soy, que lloro con lágrimas ardientes!...

BLAI. Renato, jamás tuve otro objeto que el de salvarle y salvar á los tuyos; en París, en una de esas casas de juego, á donde me llevaba mi desesperacion, vi á Faraon y á Pontalés. Hizo la casualidad, que un día escuchase lo que hablaron en una de sus entrevistas, y oí que estaban concertando tu ruina. Desde aquel momento no les perdí de vista ni un instante, y bajo un disfraz, que á nadie podia inspirar sospechas, me ligué á Faraon, para ser testigo de todas sus acciones. Dios debía darte una leccion, y á tus enemigos el castigo. Si, Renato, he venido solo para vengarte de Pontalés y de Faraon, y he venido para pedirte cuenta de la felicidad de Marta. Pero ya no tengo valor... Estoy desarmado!

REN. A la culpa añade el escarnio!... El asesino acusa á la victima!... Esta hipocresia me devuelve todo mi odio!

JUAN. (*á Renato.*) Considera que semejante violencia, recae sobre esa infeliz, que tú mismo acabas de compadecer!

REN. Compasion?... He debido compadecerla!... Pensad, tío, que mi casa era la suya; qué han hecho de mi casa? En dónde estoy ahora?... Dónde se halla la infeliz niña, que llevaba mi nombre, y que acaso era el suyo el que... (*señala á Luis.*—*Marta, entreabriendo las cortinas exhala un grito ahogado.*) Aquí no existen mayor ni menor; no hay mas que dos hombres, entre quienes un fatídico azar, ha roto el lazo de la sangre. Vamos, hermano desleal, espala en mano y batámonos! (*Renato tira de su espada.*—*Demuestra hallarse en el colmo de la cólera.*—*Marta cae en el humbral de la puerta.*—*Renato queda inmóvil.*—*Juan corre hacia Marta; Blaise se apoya sobre la mesa.*)

MAR. Deteneos, no seais fratricidas! (*con voz terrible.*)

ESCENA IX.

Los precedentes, MARTA y GEROLD, que acuden al ruido.

JUAN. (*á Renato.*) Desgraciados!... La asesináis! (*examinándola.*) Está muerta!

BLAI. y **REN.** Muerta!

BLAI. (*con exaltacion.*) Muerta! Oh!... Si está muerta, maldigate Dios, Renato... Yo la vengaré, y caerá sobre mi la maldicion! (*Blaise abanza colérico hacia su hermano.*)

REN. (*arrodillado junto á Marta, y con voz tierna y abatida.*) Pero no ves que vá á morir!... Ayúdame, hermano mio, ayúdame!... (*Blaise, á su vez, vencido por el dolor, sostiene á Marta.*)

JUAN. (*á Marta.*) Y has de morir, hija mia! No, no morirás! (*consolándola.*)

MAR. Ni quiero, ni puedo vivir entre ambos! Qué sería de mí! (*Blaise se levanta y retira al fondo.*)

JUAN. Infeliz!

MAR. Renato... Os juro que vuestro hermano, siempre ha sido para mi el mas respetuoso de los hombres. (*Blaise habla aparte con Gerold, quien desaparece por el fondo.*)

REN. Marta, creedme; tengo horror de mi mismo! Dios mio! Ser yo quien la quite la vida, despues de amarla con todo mi corazon!

MAR. Y para qué queréis que la conserve? Despues de

haber muerto mis hijas, qué consuelo puedo hallar en este mundo! (*de rodillas.*) Virgen Maria, vos que tambien fuisteis madre, y sufriste los mas terribles dolores por vuestro querido hijo, llevadme pronto á vuestro seno, á fin de que las encuentre á vuestros pies, entre los demás ángeles!

BLAI. Luego si Blanca viviese, la perdonaríais su falta?

MAR. Sabiais?...

REN. Qué queréis decir?

BLAI. Si, sé que un miserable abusó de su debilidad é inocencia.

MAR. El caballero...

BLAI. No, ese no fué; el hijo de Pontalés!

REN. Fatalidad! (*cojiendo su cabeza con las manos.*)

BLAI. Y como el seductor, detenido por la inflexible y maia voluntad de su padre, no podia devolverle el honor, la pobre niña, loca á impulsos de su desesperacion, se arrojó en el lago.

MAR. Y no estaba allí Diana para impelirla...

JUAN. Mi hija se arrojó tras ella, en las aguas que le sirvieron de tumba!... Es cuanto pudo hacer!

MAR. Alma generosa! Y yo la acusaba! (*abrazando á Juan.*)

REN. Eran dignos bástagos de nuestra noble raza! Os juro que los vengaré!

MAR. Renato, no hablemos de venganza, sino de perdón! (*á Blaise.*) Luis, hermano mio, venid... daos las manos!...

BLAI. Con todo mi corazon! (*se abrazan.*) Y en cuanto á Blanca...

REN. Ojalá existiese, para recibirle de mis labios y de mi corazon!

BLAI. Luego si viviese, la perdonaríais?

REN. Y lloraría con ella! (*Marta besa las manos de Renato.*)

BLAI. Pues bien, hermanos míos, abrid vuestro corazon á la esperanza... Blanca ni Diana... no han muerto! (*momento de ansiedad y de alegría en los actores.*)

MAR. y **REN.** (*con ansiedad.*) Qué decís?

BLAI. En el momento en que las aguas se abrian para sumergirlas, un amigo, un salvador se precipitó en el abismo, para arrancarle aquellas victimas. (*Marta se arrodilla y dirige sus ojos al cielo.*) Las sacó á la orilla, y las conduce á un asilo seguro. Vueltas en sí, una de ellas fué madre, y no quiso consentir en conservar la vida, sino á condicion de ocultar su deshonra á los ojos de todos, incluso á los vuestros!

MAR. (*con la mayor angustia.*) Con que viven?

BLAI. Si, y las pobres niñas, no esperan mas que una señal, una palabra para arrojarse á vuestros pies. (*Blanca y Diana aparecen en el fondo.*) Vedlas. (*al aparecer las dos jóvenes en el fondo, seguidas de Gerold, se precipitan á ellas Marta, Renato y Juan, quien las abraza y cubren de caricias; Blaise y Gerold enjugan sus lágrimas.*)

BLAN. (*arrojándose á sus pies.*) Madre mia!

MAR. (*a un tiempo.*) Hija de mi corazon! (*momento de silencio.*)

REN. (*abrazándolas.*) Blanca .. Diana, quien os ha salvado!

DIA. (*señalando á Blaise.*) El!

MAR. Siempre él!

REN. Hermano mio! (*abrazándose; permanecen así un corto instante.*)

BLAI. (*separándose de sus brazos y dirigiéndose á Juan, pero sin acabarse de desenlazar de ellos.*) Querido tío, queréis dispensarme el honor, de concederme la mano de vuestra hija?

JUAN. (*con la mayor admiracion.*) De Diana!... Con el

alma y con la vida!... Digo, si ella no tiene inconveniente!

DIA. Yo, padre mio?... (*ruborizándose.*) Ya sabéis que no acato otra cosa, que vuestra voluntad! (*dá su mano á Blaise.*)

BLAI. (*besándola.*) Gracias, Diana: ahora comienza mi felicidad!

MAR. (*abrazándola y besándola.*) (Ves como ya tienes quien te ame?)

DIA. Señor de Penhoel, Rogerio de Pontalés os pide por mi voz, la mano de mi prima Blanca, aceptaréis? (*mudo silencio de todos, en que demuestran su asentimiento y la gratitud de Blanca.*)

BLAI. (*á Renato, que aun tiene estrechado.*) Y ahora, hermano mio, creereis que soy el angel malo de la familia? (*cuadro general, de mútua reconciliacion, á gusto del director de escena.*)

FIN DEL DRAMA.

MADRID, 1860.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA.

Plazuela de la Cebada, núm. 66.

